

SERVICIO SECRETO

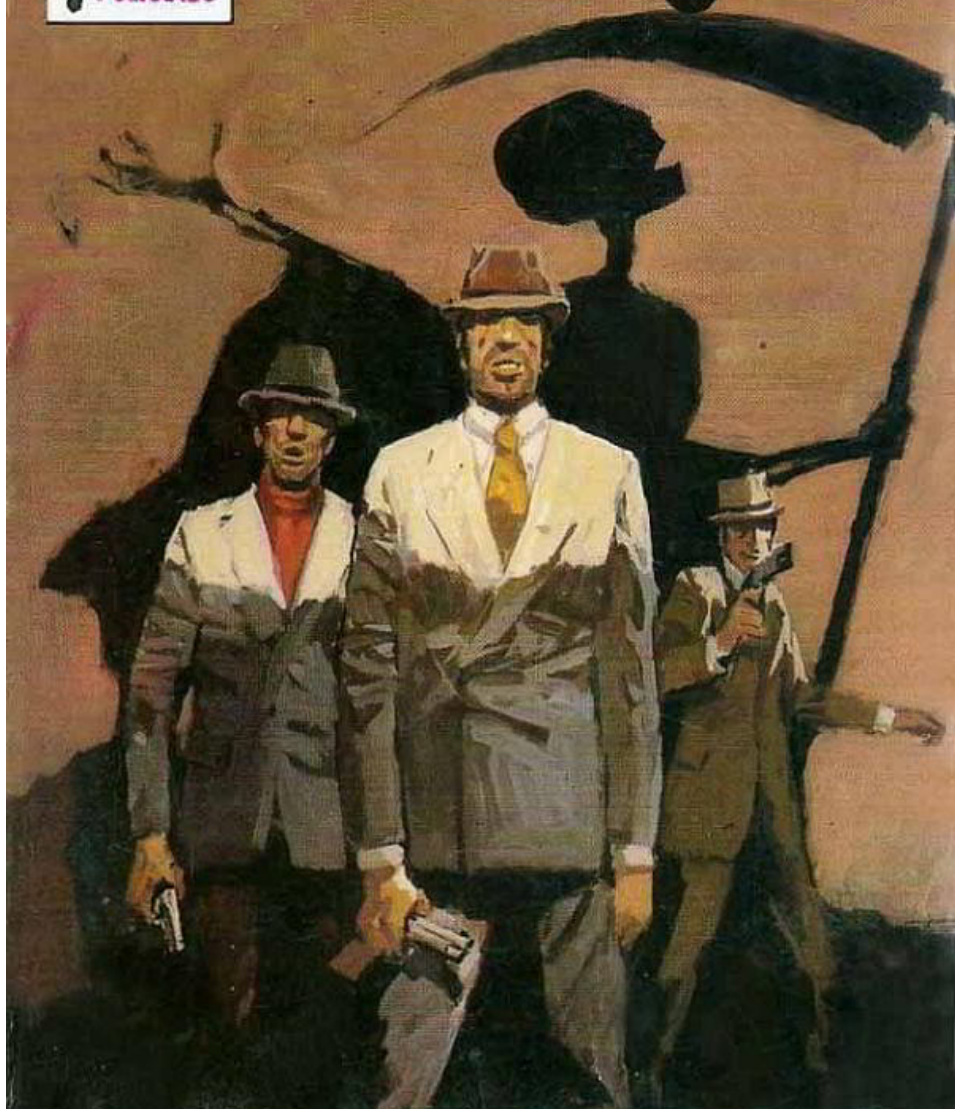
**BRU
GUE
RA**

BOLSILIBROS

T POLICIACO

**CLAVES
PARA MORIR**

***Lou
Carrigan***



Nicholas Barrows tenía treinta y cuatro años y un montón de buenas cualidades, pero para el trabajo que desempeñaba en la actualidad había sido elegido precisamente por una cualidad poco llamativa: que no era llamativo.

No era ni alto ni bajo, ni enclenque ni hercúleo, ni rubio ni moreno, ni guapo ni feo, ni elegante ni desaliñado... Era, en suma, esa clase de hombre al que no se suele mirar dos veces, y al que para apreciarlo en su justo valor hay que tratarlo un poco a fondo.

En la selección de personal de los servicios secretos norteamericanos, Nick Barrows había sido tratado y estudiado muy a fondo. Y la conclusión a que llegaron los examinadores directos y las computadoras causó el pasmo general: Barrows, Nicholas Albert, tenía un coeficiente de inteligencia abrumador, una cultura por encima de la universitaria, una sensibilidad fuera de lo común, una discreción admirable, un poder de observación y de análisis dignos de un científico, y era persona honesta, leal y fiable en todos los aspectos.



Lou Carrigan

Claves para morir

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1697

ePub r1.1

Lds 24.10.19

Título original: *Claves para morir*

Lou Carrigan, 1983

Cubierta: Desilo

ePub modelo

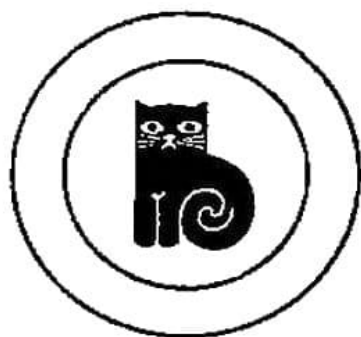
LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Nicholas Barrows tenía treinta y cuatro años y un montón de buenas cualidades, pero para el trabajo que desempeñaba en la actualidad había sido elegido precisamente por una cualidad poco llamativa: que no era llamativo.

No era ni alto ni bajo, ni enclenque ni hercúleo, ni rubio ni moreno, ni guapo ni feo, ni elegante ni desaliñado... Era, en suma, esa clase de hombre al que no se suele mirar dos veces, y al que para apreciarlo en su justo valor hay que tratarlo un poco a fondo.

En la selección de personal de los servicios secretos norteamericanos, Nick Barrows había sido tratado y estudiado muy a fondo. Y la conclusión a que llegaron los examinadores directos y las computadoras causó el pasmo general: Barrows, Nicholas Albert, tenía un coeficiente de inteligencia abrumador, una cultura por encima de la universitaria, una sensibilidad fuera de lo común, una discreción admirable, un poder de observación y de análisis dignos de un científico, y era persona honesta, leal y fiable en todos los aspectos.

Nick Barrows, eso sí, engañaba con su aspecto físico: no era, ni de lejos, una persona inofensiva. Podía manejar prácticamente cualquier arma, no tenía miedo ni al mismísimo demonio, y sus condiciones atléticas eran satisfactorias, por decirlo de algún modo, en un ciento diez por ciento. Vestido y en la calle, paseando apaciblemente, no llamaba la atención de nadie, y hasta podía parecer uno de esos tipos con los que es fácil meterse. Y aquí estaría el gran error, porque una vez puesta en marcha la mala uva de Nick Barrows las consecuencias serían desastrosas para cualquiera. Además de tener una puntería milimétrica, Nick podía matar a un hombre de un solo golpe, y, por supuesto, sin que su pulso se

alterase.

Consecuencias de todo esto: Nicholas Albert Barrows fue admitido en el servicio de protección personal del presidente de Estados Unidos, a la sazón el señor Ronald Reagan. Dicho de otro modo: era guardaespaldas del presidente norteamericano. Nadie se fijaba en Nick Barrows, pero él siempre estaba donde tenía que estar.

Aquel día, Nick debía estar a las nueve de la mañana en la Casa Blanca, para formar parte del grupo de guardaespaldas que acompañarían al presidente a Nueva York. Así pues, a las seis de la mañana Nick ya estaba en marcha, afeitándose tras la ducha. Vivía en Lanham, pequeña localidad sita a unas doce millas de Washington D. C., así que no tenía por qué haber madrugado tanto. Pero Nick Barrows tenía sus propios sistemas, y uno de ellos era el de que siempre le sobraba tiempo. Cuando Nick salía de su pequeño y acogedor chalé no tenía que palparse los bolsillos a ver si se había olvidado el encendedor, el tabaco, el pañuelo o la billetera. Y no digamos la pistola, a la que dedicaba su máxima atención siempre que tenía que entrar de servicio. Nada de decirse a sí mismo que la última vez la había dejado en condiciones y que así debía continuar el arma: la repasaba, la limpiaba, comprobaba el cargador... todo. Nada de fallos. No en él, Nicholas Barrows.

Así pues, a las siete Nick estaba a punto. Si en aquel momento hubieran sido necesarios sus servicios sólo habría tenido que saltar a su coche, ponerlo a velocidad tope y en menos de media hora se habría presentado en la Casa Blanca.

A las siete y media, Nick había dejado en perfecto orden su casa, había desayunado apaciblemente y abría la puerta.

Con calma, a las ocho y cuarto como máximo estaría en la Casa Blanca y desde ese mismo instante se convertiría en la más atenta, eficaz e implacable máquina de protección del señor Reagan; dejaría de ser un hombre tranquilo, sosegado y como indiferente a todo, y estaría preparado para afrontar cualquier evento.

Tras cerrar la puerta del chalé, Nick se dirigió hacia el coche, estacionado frente a aquél. Para el próximo invierno Nick habría ahorrado lo suficiente para encargar la construcción de un garaje adosado al chalé, pero de momento tenía que dejarlo en la calle. Todo llegaría. Incluso, a lo mejor, cualquier día encontraría una

chica que no fuese exigente ni boba y que tuviera un concepto claro de lo que es el amor entre dos personas. A lo mejor.

Mientras cerraba la puerta de su casa, de espaldas a la avenida, Nick había oído, a unos setenta metros a su derecha, el zumbido de un motor al ser puesto en marcha. Ahora, mientras caminaba hacia su coche, vio el automóvil en cuestión, circulando silenciosamente en su dirección. Los destellos del sol apenas aparecido le impidieron ver al conductor situado tras el parabrisas. Pero, junto al conductor, viajaba una mujer a la que sí pudo ver bien Nick, pues llevaba la ventanilla bajada.

Era rubia, y parecía joven. Y no la conocía.

Las siete y media de la mañana, octubre, un ligero frío otoñal, la ventanilla del lado de la rubia bajada, y él no conocía a la muchacha. Es decir, que no era una vecina que fuese al trabajo. Tampoco parecía hora de salir de visitar a nadie que viviese en una casa vecina a la de Nick. Y tampoco parecía creíble que ella y su acompañante hubieran estado allí parados, charlando desde hacía rato. Lo de poner el coche en marcha en el momento en que él salía de su casa sí podía ser una casualidad, claro...

En el momento en que el automóvil de la rubia se hallaba a unos quince metros a su izquierda en diagonal, y él se hallaba a unos cinco de su propio coche, Nick Barrows se detuvo.

Su mirada se cruzó entonces con la de la mujer rubia.

Y justo en el instante en que la alarma comenzaba a sonar en la mente de Nick la rubia hizo un gesto como de contrariedad, se movió velozmente, y una metralleta apareció en sus manos, orientándose en el acto hacia el guardaespaldas presidencial.

Los secos disparos resonaron estruendosamente en la modesta y tranquila zona residencial de Lanham... mientras Nick Barrows saltaba hacia delante y un poco lateralmente, para caer a dos metros del coche, ya, pistola en mano, acucillado, y tenso como un gato dispuesto a saltar sobre el ratón. Por encima de él crujieron más balas, otras se clavaron en su coche, algunas reventando las dos ventanillas del lado izquierdo.

Inclinado, encogido. Nick corrió hacia la parte posterior de su coche, se detuvo allí, vio todavía la parte trasera del otro vehículo, que aumentaba la velocidad, y hasta pudo ver a la rubia haciendo un escorzo para volverse y sacar la metralleta por la ventanilla para

disparar hacia atrás.

Nick Barrows extendió el brazo y disparó. El trallazo de su disparo fue impresionante, pero pudo oír perfectamente el grito de la rubia y vio cómo la metralleta saltaba fuera del coche. La rubia desapareció en el interior de éste, que seguía alejándose. En menos de dos segundos estaría fuera del alcance de la pistola de Nick, así que éste disparó de nuevo en el acto, tras desviar la línea de tiro hacia el neumático trasero derecho.

El neumático reventó, el coche zigzagueó ligeramente y continuó alejándose. Pero, el leve desvío de su marcha le llevó hacia uno de los coches estacionados en la avenida, y el conductor quiso esquivarlo bruscamente. Demasiado bruscamente. Esquivó el coche, en efecto, pero el suyo giró, dio una vuelta de campana no poco espectacular, y cayó sobre el techo. Todos los cristales reventaron, la plancha metálica chirrió contra el asfalto, y el vehículo se detuvo a unos siete u ocho metros.

Nick Barrows echó a correr hacia allá, por supuesto muy atento. Así que la salida a trompicones del hombre que había conducido el coche no le sorprendió ni poco ni mucho. Lo vio salir como disparado, rodar por el suelo, y colocarse de rodillas, llevándose ambas manos a la cabeza.

Nick se detuvo en seco, a unos veinte metros, y gritó:

—¡Quieto! ¡Permanezca como está!

El hombre retiró las manos de la cabeza, le vio, por sus ojos pasó un destello como de reconocimiento, de recuerdo de la situación y emitió un grito ahogado, mientras metía la sangrante mano derecha bajo la axila izquierda.

¡Pack!, crujió el disparo de Nick.

El hombre saltó hacia atrás, poniéndose en pie y terminando de sacar la pistola, pero sólo para lanzarla hacia arriba, mientras él, tras el salto, caía de espaldas. Quedó inmóvil, con un manchurrón de sangre en el centro del pecho, sobre la blanca camisa y la corbata color granate, cuyo color no varió de modo perceptible.

Nick se desentendió de él, y volvió la mirada hacia el coche, esperando la salida de la mujer rubia. Tardó cinco o seis segundos en comprender que la muchacha no saldría, al menos por sus propios medios. Para entonces, la alarma en el vecindario era total, y se oían voces lejanas.

Sin enfundar la pistola, Nick se fue acercando lentamente al coche volcado y se detuvo a unos cuantos pasos, mirando la rubia cabellera que se esparcía sobre el techo del coche. Chocante. Se acercó más, y vio a la mujer tendida de modo grotesco, de cara al techo que ahora hacía de piso. Las ruedas del coche seguían girando, y el motor no había dejado de funcionar. Chocante. Nick rodeó el coche, metió el torso dentro y apagó el motor. Luego, se las arregló para llegar con dos dedos a la nuca de la mujer, metiéndolos entre la rubia cabellera.

Mala suerte. Estaba muerta.

Nick se acercó al sujeto que había conducido. Yacía sobre la espalda, desencajado el rostro, muy abiertos los ojos. Ni siquiera hacía falta tocarlo para saber que también estaba muerto.

Sólo entonces enfundó Nick su pistola, se acuclilló junto al sujeto y metió dos dedos en el bolsillo interior de la chaqueta, en busca de su billetera. La estaba examinando cuando comenzó a oír la sirena policial, a la que no hizo el menor caso.

El hombre se llamaba Jacques Berlier, y era canadiense. Nick se quedó mirando la tarjeta de identificación. Parecía auténtica, desde luego. Movié la cabeza, volvió a colocar la billetera en el bolsillo del muerto y procedió a registrar los otros bolsillos de la chaqueta y del pantalón. Y en eso estaba cuando el coche de la policía se detuvo a pocos metros de él. Oyó el chasquido de las portezuelas, y volvió la cabeza. Los dos agentes caminaban hacia él, mirándole uno a él y otro el coche siniestrado.

—Ah, señor Barrows, es usted —dijo uno de ellos—. ¿Qué ha ocurrido?

—Buenos días, Aldo —saludó amablemente Nick.

Los dos agentes llegaron junto a él, vieron la sangre en el pecho del tal Berlier y movieron la cabeza con un gesto de desagrado.

—Un vecino nos llamó, señor Barrows. Y parece que es cierto que aquí ha habido tiros.

—Algunos —asintió Nick—. Encontrarán una metralleta un poco más allá.

—¿Debemos entender que dispararon contra usted?

—Así es.

—¿Y usted repelió la agresión?

—Sí.

—Entonces, va armado. Creo que debería entregarnos su arma, señor Barrows, a la espera de que esto se aclare... lo que no dudo se resolverá fácilmente para usted.

Nick estaba mirando con cierta amable ironía al policía. El y su compañero eran los que solían patrullar a aquella temprana hora por la zona residencial, y se habían saludado muchas veces. Incluso en alguna ocasión, habían coincidido en el bar de Andy, en el centro de Lanham, adonde Nick iba de vez en cuando a tomar un par de tragos y a charlar, por la tarde.

—Le voy a facilitar un número de teléfono —dijo Nick, irguiéndose y sacando su pistola, que tendió al agente—. Comuníquelo por radio a su jefe y dígame que llame allí diciendo que he sufrido un atentado. ¿Puedo confiar en ello, Aldo?

—Naturalmente. ¿Cuál es el número?

Nick le facilitó el número telefónico de Washington, Aldo asintió, y regresó al coche, haciendo una seña a su compañero.

—Joey, que nadie se acerque demasiado. ¡Y que no toquen nada!

—Tranquilo.

Por supuesto, los vecinos acudían ahora, en pijama y bata. Algunos llegaron muy cerca de la metralleta caída en el suelo, y la señalaban. Joey les gritó que se alejasen y se acercó al coche volcado, a cuyo interior echó un vistazo, para mirar acto seguido a Nick, que estaba encendiendo un cigarrillo. Mala suerte. Después de esto se haría demasiado notorio en el lugar, y tendría que cambiar de residencia. Bueno, tampoco era una tragedia. Aldo estaba hablando por la radio del coche policial. Cuando terminó se acercó de nuevo a Nick.

—Dentro de unos minutos me llamarán, señor Barrows.

—Bien. Tengo que estar en Washington a las ocho y cuarto.

El agente le miró con visible incredulidad, pero no comentó nada. Joey se acercó a ambos.

—Hay una mujer muerta dentro del coche —dijo—. Y el tipo ese también está muerto.

¿Has pedido la ambulancia?

—¿Tú qué crees? —Gruñó Aldo.

La radio del coche patrulla zumbó unos cinco minutos más tarde. Aldo, que estaba esperando, atendió la llamada enseguida

mirando de reojo al señor Barrows, que permanecía en el mismo sitio, terminando tranquilamente su cigarrillo. Demonios con el señor Barrows, tenía nervios de acero. ¿A que hasta entonces no había sabido valorarlo debidamente?

Por su parte, Nick miraba al policía mientras éste hablaba por la radio. No oía lo que decía, pero veía su expresión, primero de desconcierto, luego de duda, de nuevo de desconcierto. Le vio meter dentro del coche el micrófono, rascarse la nuca, y regresar hacia él.

—Bueno, señor Barrows, me dicen que debo devolverle su pistola y permitirle marcharse —dijo, como si esperase que el propio Nick le contradijera.

—De acuerdo. Gracias, Aldo.

—Oiga, esto no es normal, ¿eh?

—No, no lo es —admitió Nick, guardándose la pistola.

—Me dicen que van a venir a hacerse cargo del asunto, y que no toque nada. Dígame: ¿quién es usted?

Nick Barrows movió la cabeza, saludó con un gesto y se dirigió hacia su coche, sin más. Tenía que estar en la Casa Blanca a las ocho y cuarto, eso era todo.

No llegó a las ocho y cuarto, sino a las ocho y diez. Estacionó su coche y se dirigió hacia la entrada posterior. Allí le estaba esperando un hombre, que le hizo una seña. Nick se acercó a él impasible.

—¿Qué hay, Spencer? —saludó.

—Te están esperando en un despacho. Ven conmigo.

Tres minutos más tarde ambos entraban en un despacho de los sótanos de la Casa Blanca. Dos hombres de unos cincuenta años, uno de ellos calvo y el otro de cabellos grises y cortos, estaban esperando, el primero tras la mesa, el otro sentado en un sillón. Se interesaron por el estado de Nick, le preguntaron qué había ocurrido, y escucharon en silencio la explicación, que sabían era metódica, precisa e inmejorable. Cuando terminó, Nick dijo:

—Siento haber matado a una mujer, pero...

—No la mató usted. Sólo la hirió en un hombro. Se rompió el cuello cuando el coche volcó.

—Ah. Entiendo que los nuestros ya están haciéndose cargo de todo.

—Sí. Bien, ¿qué le sugiere todo esto a usted?

—Francamente, nada. No conocía a ninguno de los dos. El hombre era canadiense.

—La mujer también. Se llamaba Ruth Howitz. ¿Le dice algo el nombre?

—No.

—¿Cree que puede tratarse de una venganza personal?

—No creo haber hecho nunca nada para provocar eso, señor.

—Pero, ¿ha estado alguna vez en Canadá?

—Sí, claro. Y en otros muchos sitios. Incluso hace unos seis años pasé por China... y ningún chino ha intentado matarme.

—Según parece —dijo el de los cabellos grises—, usted relaciona esto no de un modo directo y personal, sino más bien relacionado con su trabajo. ¿O le parece que se trata de algún error?

—Nada de error —rechazó en el acto Nick—. Iban a por mí, por Nicholas Barrows. Me estaban esperando.

—Entonces debe tratarse de algo personal, aunque usted no consiga recordar nada que justifique esa agresión.

—Si hubiera algo que recordar lo recordaría —dijo secamente Nick.

—Estudiaremos esa parte del asunto más adelante —masculló el calvo de la mesa—. Lo que tenemos que analizar es el viaje del presidente. Tú eres el analista en estas cuestiones, George. ¿Qué opinas?

El de los cabellos grises movió la cabeza, inquieto.

—Creo que el presidente debería suspender ese viaje a Nueva York.

—Tal vez sea eso lo que pretende alguien —dijo enseguida Nick.

—Sí, tal vez —admitió el llamado George—, pero quizá sea demasiado arriesgado el viaje.

—No lo veo yo así. Si alguien quisiera atentar contra el presidente, ¿habría sido tan estúpido de provocar esta alarma? Por el contrario, les interesaría que el viaje se realizase con toda normalidad, para poder atacarle.

—De modo que usted insiste en que ese ataque era contra usted por motivos personales.

—Yo no insisto en eso, ni mucho menos. Lo que digo es que iban a por mí. Lo contrario sería absurdo.

—De acuerdo, iban a por usted, y usted no conocía a esa, gente

ni cree que nadie tenga motivos personales para querer matarlo. ¿Entonces?

—Lo único que se me ocurre es que alguien no desea que yo acompañe al presidente en este viaje.

—¿Por qué?

—He estado reflexionando sobre ello mientras venía hacia aquí. ¿Por qué? Bueno, supongo que de un modo u otro resulto molesto en ese viaje. Puede que vea una cara que no debería ver, o que oiga algo que no debería oír, o que perciba algo, cualquier cosa, que otro acompañante no percibiría. No lo sé. Pero sé que no quieren que yo acompañe esta vez al presidente. Y se me ocurre que, precisamente, el mejor modo de conseguir alguna pista sobre esto sería que yo no dejase de acompañar al presidente a Nueva York. No se me ocurre nada más.

El analista estuvo mirando a Nick y meditando largamente antes de murmurar:

—Creo que lo consultaré con el propio señor Reagan.

CAPÍTULO II

Tres días más tarde el señor Nicholas Barrows se hallaba sentado en la borda de una lancha, caña de pescar en manos, cuando apareció el yate, procedente del Norte, costeando. Nick sabía que no era un yate cualquiera, de modo que recogió el sedal, frunció el ceño a] no ver pez alguno en el anzuelo, y recogió los aparejos.

Cuando el yate llegó, parados los motores, él estaba dispuesto para saltar a bordo. Lanzó un cabo al hombre que le hacía señas desde la cubierta, se encaramó ágilmente al yate, y asintió cuando otro hombre le hizo señas de que le siguiera. Dejando al otro encargado de amarrar su lancha del yate, se metió en el interior de éste.

En el saloncito había dos hombres más y una mujer. Uno de los hombres era como los dos anteriores, alto, fuerte, de una edad aproximada a la de Nick. El otro era el sujeto calvo, es decir, el subjefe de los servicios de protección del presidente con el que Nick hablara en su despacho de los sótanos de la Casa Blanca días atrás. La mujer...

Bueno, punto y aparte.

La mujer era punto y aparte. Estaba sentada en el diván corrido bajo el ventanal, pero su buena estatura era evidente; casi tan alta como Nick, de cabellos suavemente rojos, ojos oscuros, rostro bellissimo e inteligente, mirada directa, discretamente escrutadora. Su cuerpo era espléndido, Nick se dio perfecta cuenta de ello pese a que la mujer vestía de modo que no pretendía de ninguna manera ser llamativa. Eso le gustó a Nick tanto como la belleza de la muchacha. Sí, señor, ella era punto y aparte.

El subjefe se había puesto en pie, y le tendía la mano.

—¿Qué tal, Nick? ¿Cómo ha ido la pesca?

—Bien. Mal.

Se dio cuenta de que la pelirroja sonreía levemente. El subjefe sonrió también, y la señaló.

—La señorita Stella Gray. Señorita Gray: Nick Barrows.

—Encantada, Nick.

—Lo mismo digo. Stella.

Ella volvió a sonreír. Nick Barrows comenzó a sentirse a gusto... Tan a gusto que por un momento olvidó que estaba allí para trabajar, no para hacer un crucero en yate. Nick se sentó en un taburete frente a Stella Gray y el subjefe. Este ofreció cigarrillos a Stella Gray y a Nick. Ya todos fumando, Nick preguntó:

—¿Alguna novedad?

—No —negó el subjefe—. Las investigaciones posteriores a fondo han ratificado los primeros indicios: Jacques Berlier y Ruth Howitz eran canadienses, no tenían antecedentes ni aquí ni en Canadá, y, si bien se va a proseguir la investigación rastreándolos hasta donde sea posible, mucho me temo que no encontraremos nada. De modo que seguimos igual: todo se reduce a que dos desconocidos quisieron ametrallarlo.

—Tal vez Nick haya reflexionado en estos días y haya vislumbrado alguna explicación —sugirió Stella Gray.

—No —dijo Nick—. Les digo que iban a por mí. Si no me hubiera detenido, y no me pregunten por qué me detuve, ahora estaría muerto. Ellos esperaban que yo siguiera caminando hacia mi coche, que lo rodeara para abrir la portezuela del volante, y entonces me habrían acribillado.

—¿Por qué no hemos de preguntarle por qué se detuvo?

—Porque ignoro si ustedes creen en el sexto sentido.

—Yo sí —sonrió Stella—. ¡Ya lo creo que sí! De modo que fue por eso.

—Sí, fue por eso. Luego vi los ojos de la rubia, y *supe* que iba a hacer algo contra mí.

—También entiendo eso —dijo Stella—. Bien, parece que estamos en un callejón sin salida. El presidente fue a Nueva York, no ocurrió nada, y regresó tranquilamente. Y usted, pese a estar cerca de él y prestar su máxima atención a su entorno, no vio nada que resultase revelador, no identificó a nadie en especial, no vio nada insólito.

—Así es.

—Bueno —sonrió Stella Gray—, yo sí encuentro algo insólito en todo esto, Nick. Me refiero al hecho de que usted se presentase en la Casa Blanca con el coche lleno de agujeros de bala y los cristales del lado izquierdo destrozados.

—¿Qué hay de insólito en eso? —Alzó las cejas Nick.

—¿No le parece que llamaba demasiado la atención?

—Sí, pero yo tenía que estar a las ocho y cuarto en mi puesto de trabajo. De modo que el coche no me importó. Simplemente, fui a trabajar. Me estaba esperando el presidente de Estados Unidos, ¿sabe?

—Pero no sólo a usted. El señor Reagan tiene muchos más acompañantes, y cualquiera de los que estaban en turno de descanso podía haber ocupado el sitio de usted.

—Era mi turno de trabajo —dijo hoscamente Nick—. Yo siempre me he ganado lo que me han pagado.

—¿De modo que el atentado contra su vida no le alteró en absoluto?

—En absoluto. Es más, precisamente cuando me dirigía hacia Washington pensé que alguien pretendía que yo no acompañase al presidente. Así que me dije que nadie podría impedirme que le acompañara. Ya expliqué esto, ¿no?

—Sí, me lo han contado. En definitiva, nada sirvió de nada.

—Yo hice lo que pude.

—Así parece.

—¿Lo parece? Bueno, una cosa —la mirada de Nick se desvió hacia el jefe—, ¿quién es Stella Gray? Mejor dicho: ¿qué es ella, qué pinta en todo esto, señor?

—Es de la C. I. A. —dijo el jefe.

—De acuerdo. Pero insisto: ¿qué pinta en todo esto, por qué me está interrogando?

¿Es alguna sabihonda de los servicios de análisis? ¿Se supone que estoy mintiendo en algo y la sabihonda me va a descubrir?

—Me parece que no le caigo simpática —casi rió Stella.

—Al principio sí, pero ahora no tanto. Estuvieron a punto de convertirme en un colador, pese a lo cual yo seguí en mi puesto cumpliendo mis obligaciones, y ahora viene usted a someterme a un tercer grado verbal. Si les parece que estoy tramando algo, que soy

un embustero e incluso un traidor, dígamelo, y presentaré en el acto mi dimisión. El señor presidente puede encontrar acompañantes mejores, y tal vez yo encuentre un empleo mejor.

—¿Qué clase de empleo? —rió Stella de buena gana.

—Sé hacer muchas cosas, y hacerlas bien. Soy un hombre de muchos recursos, no un patán con pistola y mala leche.

—Bueno, bueno —quiso apaciguarlo el jefe—, tranquilo, Nick. Nadie ha supuesto nada de todo eso sobre usted. Por el contrario, su actitud ha sido digna de elogios. Sucede, simplemente, que a la señorita Gray le gusta conocer las historias de primera mano.

—Eso me parece inteligente —admitió Nick—. Pero volveré a preguntarlo: ¿qué es ella? ¿Qué pinta en todo esto?

—Stella va a ser su guardaespaldas.

—¿Mi qué? —Se pasmó Nick—. Su guardaespaldas.

—¿Es una broma? —sonrió de pronto Nick—. ¡Claro, es una broma!

—No, no lo es —dijo Stella.

—¿Ah, no? Escuche, bonita, llevo casi año y medio al servicio del presidente, y si no lo tengo mal entendido estoy catalogado como uno de sus mejores acompañantes. Mire, aquí el guardaespaldas soy yo, ¿comprende?

La rubia asintió, dio una chupada al cigarrillo, y se quedó mirando pensativamente el humo durante algunos segundos. Luego, miró a Nick.

—Tenemos dos alternativas —murmuró—. Una de ellas consiste en considerar el asunto como algo que, aunque usted no pueda recordar los motivos, estaba única y exclusivamente relacionado con usted. Una venganza personal. Si nos atenemos a esa primera alternativa, la C. I. A. y los servicios de seguridad de la Casa Blanca podemos dar por terminado el asunto oficialmente, y deseárselo suerte en el futuro, por si el atentado se repite. La segunda alternativa está relacionada con esa posible repetición, en cierto modo... Supongamos que ese atentado estaba relacionado de un modo u otro con el señor presidente, y que la muerte de usted era una parte clave del asunto. Si ahora, como parece la tendencia del servicio de seguridad, a usted se le retira temporalmente...

—¿Retirarme? ¿Quiere decir apartarme de mi trabajo?

—Por supuesto, con empleo y sueldo.

—¡Al demonio el sueldo! Estoy haciendo un trabajo que me gusta. Lo considero un honor, maldita sea mi estampa. ¡No tengo por qué esconderme!

—Eso dice mucho en favor de usted, Nick, pero tal vez resultase peligroso para el señor Reagan... si la cuestión fuese más allá de una venganza personal contra usted. Se ha considerado más conveniente mantenerlo apartado del presidente. Pero, si usted me deja terminar mi explicación, comprenderá que incluso abandonando temporalmente su trabajo puede hacer algo interesante.

—¿Qué puedo hacer?

—En mi opinión este asunto no debería abandonarse. Debe tener alguna explicación, y creo que deberíamos saberla. Un modo de conseguirlo sería, tal vez, que usted se tomase unas vacaciones. Si el asunto no va contra usted personalmente, alguien volverá a intentar algo cerca del presidente. Pero si va contra usted directamente insistirán en matarle, esté donde esté. En esas circunstancias, mi presencia cerca de usted creo que le convendría.

—Conque mi guardaespaldas. Es decir, que mientras yo estoy haciendo el memo por ahí, cabe la posibilidad de que se haga algún otro extraño intento cerca del señor presidente. ¡Y yo de vacaciones!

—Si intentan algo, quizás en esta ocasión se pueda conseguir una pista, como sería por ejemplo capturar con vida a alguno de los atacantes de otro agente de seguridad o del propio señor presidente.

—¿Qué tenía que haber hecho yo? ¿Dejarme matar por aquellos dos?

—Nadie le está reprochando que defendiera su vida. Estamos hablando objetivamente, en plan profesional puro, simple y frío. Y siguiendo con eso, si le atacan de nuevo a usted quizá con mi ayuda capturemos a alguien con vida y nos enteremos de lo que ocurre con usted.

—¿Lo que ocurre conmigo? ¿Le parezco alguien tan importante?

—Nunca se sabe. Mire, Nick, tómelo o déjelo, pero admita la sensatez de nuestra propuesta. Nada de discusiones. ¿Sí o no?

Nicholas miró irritado a su jefe.

—Bueno, ¿quién manda aquí? ¿Ella o usted?

—Depende —frunció el ceño el calvo—. Si usted no acepta, mando yo, que tendré que tomar mis propias medidas en torno al presidente, claro está que prescindiendo de usted, Nick, pues de un modo u otro se va a tomar unas largas vacaciones. Si usted acepta, esas vacaciones deberán programarse entre usted y la señorita Gray, en cuyo caso se repartirán el mando, bien entendido que la superioridad ha decidido que sea ella quien tome las decisiones finales.

—Por todos los demonios...

—A mí —sonrió la pelirroja— me gustaría ir a Miami, Nick, pero no me molestará que usted elija otro lugar.

—¡Qué considerada es usted! —Gruñó Nick—. Todavía no he aceptado.

—Se me ha permitido leer todo su expediente. Si lo que pone en él es cierto usted debe aceptar. Es demasiado inteligente para no comprender la situación.

Nicholas Albert Barrows se quedó mirando hoscamente a la señorita Gray, pero, poco a poco, comenzó a sonreír. Ella también sonrió. El jefe miraba de uno a otra.

—De acuerdo —dijo de pronto Nick—, iremos los dos a Miami, Stella. Y espero que sepas cumplir tu trabajo. ¿Alguna vez has hecho de guardaespaldas?

—Puedo aprender —amplió ella su sonrisa.

—Puedes aprender... ¡Esta es buena! ¡Una novata en este trabajo custodiando a un veterano!

—Tengo dos ojos, Nick. Y sé servirme muy bien de ellos. En cuanto a mi eficacia con las armas, cuando tengamos tiempo podemos hacer una apuesta a ver quién tira más y mejor.

—Fantástico —masculló Barrows—. Y ahora me dirás que sabes karate, o cosas así.

—Karate, judo, capoeira... algunas cosillas así.

—¿Esto qué es? —Miró Nick al jefe—. ¿Una mujer o una máquina?

—¿A usted qué le parece? —preguntó a su vez el jefe.

Nick disfrutó de nuevo visualmente de la belleza de Stella Gray movió la cabeza, y dijo:

—Está bien. ¿Cuándo salimos para Miami?

—Lo planearemos juntos —dijo Stella, poniéndose en pie—. Voy

a por mis cosas. Desapareció en dirección a los camarotes. Regresó antes de que hubieran transcurrido veinte segundos, portando una bolsa deportiva, y se quedó mirando a Nick. Este puso gesto de pasma.

—¿Eso es todo?

—Sí. Vamos a la lancha. Adiós, señor.

—Buena suerte —murmuró el subjefe.

Se estrecharon las manos, y Stella y Nick salieron a la cubierta. Un minuto más tarde se alejaban del yate en la lancha de Nick, en dirección a Ocean City, la pequeña localidad costera de la cual había zarpado Nick aquella mañana.

Pero ni siquiera habían navegado un cuarto de milla cuando apareció la otra lancha, acercándose decididamente para converger con ellos. Stella pidió a Nick que parara el motor.

—¿Por qué? ¿Ya empezamos con órdenes?

—Vamos a cambiar de lancha. Unos compañeros míos llevarán ésta a Ocean City, la devolverán a tu nombre, y nosotros nos esfumaremos en la inmensidad del océano con la otra lancha, desconocida para cualquiera que te haya estado vigilando. Si damos demasiadas facilidades alguien podría sospechar que estamos tramando algo.

—Y si no damos facilidades no me encontrarán para intentar liquidarme de nuevo, con lo que estaremos perdiendo el tiempo.

—Ya veremos.

En cuestión de segundos, la otra lancha, ocupada por dos hombres, les alcanzó. Sin mediar palabra alguna, los dos agentes de la C. I. A. pasaron a la lancha de Nick, y éste y Stella a la otra, más grande y potente. Los dos de la C. I. A. se dirigieron hacia Ocean City. Stella señaló hacia el Sur.

—Vamos a buscar un sitio donde podamos anclar y charlar, Nick.

—Okay.

Un par de horas más tarde Nick echaba el anclote por la borda. La lancha quedó cerca de una costa rocosa solitaria. Un sitio tranquilo y hermoso, donde parecía que no podía haber nada más grande que el cielo y el mar.

—Lo que, además, es cierto —dijo Nick.

—¿El qué?

—Yo me entiendo. Me imagino que dentro tenemos víveres, agua, whisky... de todo.

—¿Por qué lo imaginas?

—Me da la impresión de que eres una Miss Eficiencia. Pero quizá me he equivocado.

—No, no te has equivocado —rió Stella—. Vamos dentro.

Dentro había un saloncito diminuto que servía de comedor, cocina y servicios higiénicos. Hacia proa, un camarote no menos diminuto con tres literas, una sola a estribor y dos a babor, una encima de otra. El resplandor del sol entraba por las circulares portillas.

—Agradable lugar —dijo Nick—. ¿Quién cocinará?

—El que sepa hacerlo mejor. ¿Qué tal lo haces?

—La verdad es que muy bien.

—Entonces tendrás que cocinar tú. Aunque todo será fácil: la mayor parte de las provisiones son conservas y platos preparados congelados.

—Asco de vida. Pero peor es estar muerto, ¿verdad?

—Sin duda alguna.

—Entonces, hablemos sobre ello —dijo Nick, sacando su pistola y apuntando al centro del pecho de Stella—. Veamos adónde te conducen tus reflexiones: ¿prefieres vivir o morir?

—Vivir —dijo Stella, sin un solo gesto, sin parpadear siquiera.

—En ese caso, tal vez lleguemos a un acuerdo. Desnúdate.

CAPÍTULO III

Stella Gray seguía mirando a Nick Barrows sin pestañear. Incluso pareció que no había oído. Pero de pronto, con movimientos lentos y suaves, comenzó a desnudarse, tras dejar la bolsa deportiva sobre el pequeño diván corrido de estribor.

Lo primero que quedó desnudo fue su torso, espléndido y bronceado, altos y turgentes los pechos rematados por sonrosados pezones perfectos. Nick Barrows permanecía impasible. Y seguía impasible cuando ella terminó de desnudarse completamente. Movi6 la pistola.

—Date la vuelta —orden6.

—Por favor, Nick, golpes en la cabeza no. Hablemos.

—Date la vuelta.

Ella dio la vuelta. Nick comprob6 que tampoco a la espalda llevaba escondida arma alguna. Le orden6 que se colocara de nuevo frente a 6l, y que separara bastante los muslos. Cuando ella obedeci6 se acerc6 y palp6 suavemente en el vello del sexo. Luego, solt6 un gru6ido.

—Puedes vestirme —dijo.

Se sent6 en el pequeño diván, abri6 la bolsa deportiva de Stella, y meti6 la mano dentro. No tard6 en palpar la pequeña pistola, que sac6, la mir6 brevemente, y la guard6. Lo dem6s no pareci6 importarle, salvo dos paquetes de cigarrillos empezados, y que, por supuesto, identific6 en el acto como sendas pequeñas radios. Las mostr6 en una mano.

—¿Con qui6n tenías que comunicarte? —pregunt6.

—Contigo. Una es para ti, la otra para mí.

—Ya. Todo muy bien escenificado. Pero yo quiero la ver dad, así que vamos a hablar sobre ella: ¿qué clase de sucios pensamientos

hay en vuestras mentes?

—¿Sucios pensamientos? No te comprendo. ¿En qué mentes?

—Escucha, jovencita, todo ese juego de utilizar de cebo a una persona es más viejo que el mar, y a mí me aburren las tonterías. ¿De verdad tengo que creer que eso es lo que habéis planeado, una cosa tan burda y vieja?

—¿Qué otra cosa, si no? —Alzó las cejas Stella.

—Lo diré de modo muy simple: desconfiáis de mí, y habéis querido tenderme no sé qué clase de trampa. Creéis que soy yo quien está jugando Sucio de algún modo, o que lo estaba intentando; algo salió mal, y maté a aquellos dos canadienses que vosotros creéis que eran cómplices míos. ¡No sé, cualquier cochina parecida! Así que me han apartado del presidente. ¿No es así?

—No se puede desconfiar de un hombre con tu expediente, Nick.

—¿Que no se puede? ¡Ya lo creo que sí! En este cochino mundo llegará el momento en que los ángeles desconfiarán incluso del buen Dios, o viceversa. Y yo no soy ni Dios ni soy un ángel, ¿no es esto lo que pensasteis?

—Si así hubiera sido, ¿estaríamos equivocados?

—Por completo, cariño. Pero no voy a perder el tiempo en intentar convenceros verbalmente, de modo que partir de ahora se harán las cosas a mi manera.

—¿Qué piensas hacer?

—Tú pareces una chica lista. Adivínalo.

—De modo que no hay juego sucio por tu parte.

—Claro que no.

—Entonces, vamos a hacer un trato —sonrió Stella Gray—. Si yo adivino lo que pretendes hacer después de haber pensado mucho y llegar a una conclusión que has mantenido en secreto, aceptarás mi ayuda.

—¿De modo que realmente te las das de lista? Bueno, ¿a qué conclusión secreta crees tú que he llegado?

—Dejando aparte la posibilidad de una venganza personal contra ti, y ciñéndonos a lo que interesa oficialmente, lo cierto es que tú tenías que morir. Quedó demostrado que no había nada que ver cerca del presidente durante su viaje a Nueva York, así que nada por aquí tampoco. Pero hay un hecho indiscutible: tú no tenías

que acompañar al presidente, querían impedirlo. Ahora, pensemos del modo más lógico y simple: ¿cuál habría sido la consecuencia inevitable y directa de tu muerte relacionándola con el presidente?

—Yo creo que ninguna —murmuró Nick, entornando los párpados.

—Ninguna espectacular, querrás decir —sonrió Stella—. Pero había una consecuencia tan simple, tan sencilla, tan normal, que nadie ha pensado en ella... salvo tú y yo, al parecer. Y esa consecuencia habría sido que, muerto tú, otro agente de seguridad habría ocupado tu lugar y asunto solucionado. No hay más.

Los párpados de Nick se habían convertido en dos rendijas por las que apenas se vislumbraba el brillo de sus ojos.

—Sigue —susurró.

—No hay más. Otro guardaespaldas habría ido con el señor Reagan a Nueva York. Eso es todo. Y se me ha ocurrido que quizás alguien quería que fuese ese guardaespaldas y no tú quien formase parte del séquito del presidente.

—¿Con qué objeto?

—Bueno, suponiendo que estemos en lo cierto creo que a esa pregunta podría contestarte el guardaespaldas que te hubiera sustituido. ¿Por qué querían que fuese él y no tú? Esa es la cuestión.

—Ya. Así que sólo tenemos que enterarnos de quién habría ocupado mi lugar e ir a preguntarle.

—Tú ya te has enterado de eso —sonrió Stella una vez más—. Y ése es el motivo por el que no tienes la menor intención de ir a Miami conmigo, sino que pretendes quedarte por aquí, enfrentarte a tu compañero que te habría sustituido, y convencerlo de que debe contestar a tus preguntas. Pero, Nick, para hacer eso secretamente vas a tener muchas dificultades, a menos que me aceptes como colaboradora.

—Eres demasiado lista para mí —susurró Nick.

—Claro que no. Juntos podemos trabajar muy bien. Pero si decides dejarme en esta lancha o en cualquier otro sitio, atada y amordazada durante un par de días, te vas a complicar la vida absurdamente. Eso es lo que querías hacer, por eso aceptaste ir a Miami, para que todos creyeran que tú y yo estábamos por allí mientras yo permanecía prisionera tuya en cualquier sitio y tú buscabas el modo de abordar a tu compañero. Yo creo que estás

complicando las cosas, y que las simplificarías si aceptaras mi ayuda.

¿Quién es él? ¿Quién es el guardaespaldas que estaba en turno de lista para sustituir al que faltara por enfermedad, accidente o cualquier otro motivo?

—Estoy seguro de que puedes enterarte fácilmente.

—Si meto mis naricitas en esas listas, o pido que otro lo haga por mí, quizá alguien se alarme. Tú ya lo sabes, lo has hecho de modo adecuado. No busquemos más complicaciones. ¿Quién es?

Nicholas Barrows se pasó la lengua por los labios, mientras seguía mirando aquellos grandes, hermosos, oscuros ojos que le contemplaban con idéntica fijeza. Por fin, suspiró, y dijo:

—Dexter Pines.

* * *

Dexter Pines tenía treinta y dos años, media metro ochenta y tres, y era lo que suele llamarse un hombre guapo, don del cielo del que Pines había sacado partido con las mujeres en incontables ocasiones a lo largo de su todavía corta vida. Ellas le miraban, él veía aquel destello en sus ojos y, no tardando mucho, y a decir verdad con cierto estilo, se las llevaba a la cama. Estaba acostumbrado a eso, y le complacía.

Pero no aquella noche. Aquella noche, Dexter Pines se sentía más bien inquieto por el hecho de que la hermosa pelirroja de ojos oscuros (¡vaya si era hermosa!) le hubiese dirigido de vez en cuando miradas discretas, pero prometedoras. Una más. Sin duda más guapa que la mayoría, pero una más. Y Pines no estaba para mujeres aquella noche.

Se le había citado en aquel parador de cierta carretera a unas cuarenta millas de Washington D. C., y él había acudido puntualmente a la cita. No esperaba nada bueno de la cita, pero sabía que no tenía más remedio que acudir. Aunque de todos modos, bien pensado, ¿qué podían reprocharle? El habría hecho su parte si los demás hubieran hecho la suya, es decir, cargarse a Nick Barrows. ¿Tenía él la culpa de que los otros hubieran fallado y de que Barrows se hubiera presentado en la Casa Blanca como si tal cosa?

Pines miró una vez más su reloj. La cita era a las ocho y media, y eran ya las nueve menos veinte. Comenzó a sentirse inquieto de verdad. Y luego, la pelirroja, que parecía tener ganas de gresca. Parecía una chica lista... Seguro que tenía cierta clase. Vestía bien, su mirada era inteligente, sus gestos discretos... Había llegado un par de minutos después que él, había ocupado otra mesita, y había pedido café. Y allá estaba, tomando su café y mirándolo de vez en cuando. Seguramente tenía el coche afuera, y estaba pensando que viajar sola resultaba aburrido...

Por estos cauces discurrían los pensamientos de Dexter Pines cuando entró en el parador otro cliente. Un sujeto más bien alto, delgado, de facciones angulosas y pálidas, que llevaba un periódico doblado longitudinalmente en la mano izquierda.

El sujeto se dirigió al mostrador, ocupó un taburete, dejó el periódico a un lado y pidió café. Para el resto de los escasos clientes del parador era un conductor más que se detenía a tomar algo. Para Dexter Pines era el hombre que estaba esperando, y sabía lo que tenía que hacer. Sabía lo que tenían que hacer los dos: el sujeto se tomaría el café, iría luego a los servicios, cosa nada sorprendente, y a los pocos segundos él debía seguirle. Allí, en los servicios, Dexter Pines recibiría las instrucciones de emergencia que no se había considerado prudente enviarle por el procedimiento empleado hasta entonces, y mucho menos por teléfono.

Bien.

Encendió un cigarrillo y bebió otro sorbo de whisky mientras dirigía una vez más la mirada hacia la pelirroja, que, cosa extraña, no le miraba a él en aquel momento, sino a un grupo de jóvenes que reían sentados a una mesa en un rincón. Debían ser los propietarios de los coches deportivos que había visto en el estacionamiento.

El sujeto del periódico doblado longitudinalmente se movió, y Dexter Pines captó este movimiento. Sin mirarlo directamente se dio cuenta de que se dirigía a los lavabos, sitúa dos al fondo a un lado del mostrador. Pines esperó diez o doce segundos, se puso en pie, y fue también hacia los lavabos. Empujó la puerta, entró y vio al sujeto lavándose las manos. Cerró la puerta y se quedó mirándolo. El otro volvió la cabeza hacia él.

—¿Algún problema, Pines? —susurró.

—Por mi parte, no. Yo no podía hacer mi parte si...

—No me refiero a eso ahora. Me refiero a si lo han seguido.

—¿A mí? —se sorprendió realmente Pines—. ¿Por qué habrían de seguirme? Salí de servicio ayer por la tarde y no tengo que entrar de nuevo hasta pasado mañana. Todo está claro en mí, oficialmente.

—De acuerdo —el hombre arrancó una toalla de papel del rollo, y comenzó a secarse las manos—. ¿Qué está pasando con Nick Barrows?

—No lo sé exactamente. Todo lo que sé es que lo han retirado del servicio. Es evidente que lo han escondido en alguna parte.

—Es decir, que todos creen que se trató de algo personal contra él.

—Sí, eso creen todos.

—Espléndido. Lo contrario habría sido muy preocupante. ¿Hay en perspectiva alguna otra salida del presidente en la que usted tenga que acompañarle?

—Hay varias salidas en perspectiva, pero no tengo ni mucho menos la certeza de que yo estaré en turno entonces. Y francamente, recurrir al mismo procedimiento me parecería excesivo.

—Pensaremos en algo. Venga, acérquese.

Dexter Pines se acercó al hombre, que había metido la mano derecha en el bolsillo de este lado del pantalón. Estaba un poco sorprendido. ¿Dinero? Bueno, a fin de cuentas por dinero estaba él haciendo todo aquello, de modo que si se lo daban en abundancia tanto mejor.

Comprendió una fracción de segundo tarde que no le iban a dar más dinero. Lo comprendió cuando oyó el chasquido, cuando, ya antes de bajar la mirada hacia la mano del hombre, supo que éste había sacado una navaja de resorte cuya hoja acababa de proyectar. En el mismo instante en que Dexter Pines pensaba fugazmente en lo absurdo que era que un hombre como él se hubiera dejado sorprender, recibió la primera puñalada, horizontal, imparable, en el bajo vientre.

Todo el frío, todo el dolor del mundo, pareció concentrar se allí abajo, unos pocos centímetros por encima del pene, y un fortísimo estremecimiento agitó el cuerpo de Pines. Pese a lo cual, todavía lo

intentó: quiso meter la mano derecha bajo la axila izquierda, pero el otro le agarró la muñeca con su mano izquierda, y repitió el golpe, con feroz gesto. La vista de Pines se nubló, y toda su energía se esfumó de pronto.

Se sintió desplazado, su rostro dio contra una puerta, y, por entre brumas, vio el inodoro. Le habían metido en una cabina higiénica, y...

Apenas suspiró cuando la navaja se hundió por tercera vez en su cuerpo, ahora en los riñones. Cayó de bruces sobre el inodoro, y se aferró a él como si eso pudiera salvar su vida. Oyó la puerta cerrarse a sus espaldas, y supo que estaba solo, con la cabeza casi metida en el inodoro, sin fuerzas para nada, perdiendo a chorros la vida. Sabía que su vida estaba terminando rápidamente, era cuestión de segundos.

Y no podía hacer nada. Ni gritar, ni moverse, incluso estaba perdiendo la visión...

Mientras tanto, tranquilamente, el hombre que le había acuchillado salía de los servicios tras asegurarse de que su trabajo había sido tan rápido y tan limpio que sus manos no se habían manchado ni siquiera con una sola gota de sangre. Hundir la navaja y retirarla en el acto, ése era el truco.

El asesino se dirigió calmadamente hacia el mostrador, dejó sobre éste el importe del café, se despidió cortésmente, y fue hacia la puerta. Nada extraordinario, nadie se fijó en él... excepto la pelirroja, cuya mirada parecía ahora congelada. La dirigió un instante hacia los servicios, miró de nuevo al desconocido y, en cuanto éste salió del parador, se puso en pie y fue tras él.

Le vio caminando hacia uno de los coches estacionados, cerca de un camión. En el lado opuesto del estacionamiento estaba el coche dentro del cual, oculto en el asiento de atrás, esperaba Nick Barrows, que ahora, al ver salir a Stella Gray, se había incorporado. Ella le hizo una seña hacia el parador, y aceleró la marcha en pos del desconocido. Nick Barrows se apeó, titubeó un instante, y luego se dirigió presurosamente hacia el parador. El asesino estaba llegando a su coche, estaba sacando las llaves. Metió en la cerradura la correspondiente a la portezuela, girando un poco.

Fue entonces cuando vio a Nick casi corriendo hacia el parador. Un instante más tarde vio a la pelirroja caminando hacia él. Su

mirada fue velocísimamente de una a otro, regresó hacia Stella, la recordó; la había visto al entrar en el parador. La vio a menos de diez pasos de él, alta, esbelta, felina y segura de sí misma, y comprendió.

Lo que no comprendió realmente fue la calidad del adversario que se le acercaba, así que decidió quitarla de en medio y largarse a toda velocidad. De modo que, como la navaja no iba a servir a aquella distancia, metió la mano derecha en busca de la pistola.

El brazo derecho de la pelirroja se estiró, quedó horizontal. Un pequeño punto rojo apareció en su mano. No se oyó el ruido, apenas un chasquido, pero la bala emprendió su veloz viaje, que terminó en el hombro derecho del asesino. Fue un impacto leve, soportable, pero suficiente para que el hombre lanzase un ahogado grito de dolor y su brazo derecho colgase inerte inmediatamente.

La pelirroja, que no había bajado el brazo, dijo muy tranquila:
—Quédese quieto donde está.

La reacción del hombre fue tirar de la portezuela con la mano izquierda, y meterse en el coche, ante el volante. Metió la llave de contacto, puso el motor en marcha, y miró con expresión desorbitada a la pelirroja. La vio a través del parabrisas a punto de disparar de nuevo, y comprendió, esto sí, que él no iba a tener tiempo de contener la agresión disparando a su vez. De modo que olvidó la pistola, se encogió en el asiento, y apretó el pedal del gas.

El coche saltó en dirección a la pelirroja. El asesino miró por encima de la línea inferior del parabrisas, y la vio ahora a cinco o seis metros solamente. Una imagen fugaz, pues se encogió de nuevo y esperó el sonido del golpe contra el cuerpo de la mujer.

Lo que sucedió a continuación fue algo que el hombre no tendría ya tiempo de comprenderlo en esta vida. No se produjo el impacto del coche contra el cuerpo de la pelirroja. Sí hubo contacto, pero no impacto. Como en una escena correspondiente a un argumento que no comprendía, el asesino vio pasar por delante del parabrisas, hacia arriba, el cuerpo de la mujer, que desapareció hacia atrás. Y mientras el asesino comenzaba a preguntarse qué había ocurrido, Stella Gray, tras el salto que la hizo pasar por encima del capó, caía sobre el techo del coche, rodaba sobre éste, y se precipitaba hacia el suelo, girando como una gata, para caer de pies y manos con un auténtico felino, pero perdiendo acto seguido la estabilidad y

cayendo de costado y casi de bruces.

El desconcierto del asesino era tal que reaccionó tarde cuando, incorporándose, vio ante él otro de los coches allí estacionados. Quiso frenar entonces, pero su pie ni siquiera llegó a tocar el pedal. El crujido de metal contra metal y el de cristales rotos atronó sus oídos. Su cuerpo se venció hacia delante. Sus costillas crujieron contra el volante, su rostro rebotó en el parabrisas. Quedó de nuevo sentado, sacudió la cabeza, y, como en sueños, salió del coche dando trompicones y sacando la pistola, mirando a todos lados.

Vio la silueta de la mujer, de nuevo en pie, y orientó rápidamente la pistola hacia ella.

Otra vez vio el punto rojo en la mano derecha de ella. Sintió el golpecito en alguna parte del pecho. Inmediatamente, en sus ojos y en su cerebro se produjo la oscuridad total. Se fue de esta vida.

Dentro del parador, Nick Barrows había oído el estrépito del choque, pero mientras todos los presentes respingaban y corrían hacia la puerta, él, tras brevísimo titubeo, corrió hacia los servicios, convencido de que era el único lugar donde podía estar Dexter Pines puesto que no estaba a la vista.

Así, mientras todos salían del parador, él entraba en los servicios y quedó no poco desconcertado al no ver tampoco allí a Pines. Inmediatamente, su mirada fue hacia las puertas de las dos cabinas higiénicas. Corrió hacia ellas, abrió una, retrocedió y abrió la otra... El gemido de Pines le llegó nítidamente por entre los amortiguados gritos del exterior. Le vio con la cabeza metida en el inodoro, arrodillado ante éste. Le agarró, tiró de él, y lo sacó de la cabina, depositándolo en el suelo boca arriba. Enseguida vio el manchurrón de sangre en el bajo vientre de su compañero de servicios de seguridad.

—Pines, ¿qué ha ocurrido? Oh, maldita sea, no digas nada. ¡Y no te muevas, iré a llamar...!

La mano derecha de Pines se clavó como una garra en un antebrazo de Nick.

—... Maletín... el... el maletín...

Barrows miró los ojos de Pines, y comprendió que era inútil llamar una ambulancia, salvo para llevarse el cadáver, que es lo que iba a ser Dexter Pines muy pronto. Entonces, se inclinó más sobre su rostro.

—¿Qué dices? Pines, ¿qué dices?
—Barrows, el... tén... ma... letin...
—El maletín. ¿Qué maletín?
—... Un traidor, perdónam... dóname...
—¡¿Qué maletín?! —Casi gritó Nick.
—Perdo... nadme todos... el dinero... arriesgar... la vida...
—Pines, Pines, por el amor de Dios: ¿qué maletín?
—El mal...

Dexter Pines quedó silencioso de pronto, con los ojos abiertos, el rostro desencajado. Se relajó completamente, y quedó inmóvil. Nick Barrows se puso en pie, con un gesto de consternación y de decepción a la vez. Se quedó mirando el rostro de su compañero muerto... hasta que se dio cuenta de que estaba oyendo muchas voces excitadas procedentes del exterior del parador.

Salió corriendo de los servicios de éste, pero masculló una maldición y regresó a toda prisa, arrodillándose de nuevo junto a Pines, al que registró con prisa frenética, pasando a sus bolsillos todo cuanto encontró en los del cadáver, incluida la pistola. Luego sí, salió a toda prisa.

CAPÍTULO IV

Ya fuera se dirigió siempre deprisa hacia el grupo de gente que formaba un círculo mirando algo caído en el suelo. Vio el coche empotrado en otro, los miles de trocitos de cristal esparcidos por todas partes... El propietario del parador corría de regreso al interior.

Nick le agarró por un brazo cuando pasaba junto a él.

—¿Qué ha ocurrido?

—No sabemos bien... Hay un hombre muerto a balazos ahí. ¡Voy a llamar a la policía!

El hombre se desasíó y continuó corriendo hacia el local. Barrows se acercó al grupo, apartó a un par de personas y se quedó mirando, con un estremecimiento, el cadáver del hombre que tenía una brecha en la frente y parte del rostro lleno de sangre. Miró hacia donde Stella había dejado su coche, pero no lo vio.

No tuvo que preguntar nada, porque ante él todo eran comentarios acerca de la mujer que habían visto registrando el cadáver, y a la que nadie había acertado a retener allí. Simplemente, ella había robado al muerto y se había marchado en un automóvil cuya matrícula, ciertamente, alguien había anotado.

Ya más sereno, Nick Barrows fue a su automóvil, se metió dentro, y partió. Tan sólo un minuto más tarde enfilaba una carretera secundaria. Sacó entonces el paquete de cigarrillos, alzó uno de ellos, y esperó.

—¿Nick? —Sonó la voz de Stella Gray.

—Sí. Pines ha muerto. ¿Dónde estás? Han anotado la matrícula de tu coche.

—Era de suponer. Y por suerte nadie supo reaccionar para intentar detenerme a mí. Pasa a recogerme, ¿quieres?

—Claro. ¿Dónde estás?

Cinco minutos más tarde Nick detenía el coche cerca de un bosquecillo de oscuridad impenetrable, de la cual surgió la felina figura de Stella Gray, que se sentó a su lado y señaló hacia delante, diciendo:

—He dejado el coche entre los pinos. ¿Se fijaron en ti?

—No de modo especial. Nunca se fijan en mí. Podemos seguir utilizando este coche, de momento. ¿Qué pasó exactamente?

Stella lo explicó. Cuando terminó se quedó mirando a Nick, que seguía conduciendo en silencio, como si no hubiera oído.

—Bueno —dijo ella—, ¿por qué no lo dices?

—Decir, ¿qué?

—Que yo tampoco he sabido conservar con vida a un hombre que podía habernos dicho muchas cosas.

—Dalo por dicho. Pero esto pasa. Te iba a matar, ¿no es cierto?

—Tal vez no lo hubiera conseguido, pero ésa era su intención... y no había otro modo de pararlo.

—Pues ahí tienes: igual que Jacques Berlier y Ruth Howitz. Desde luego esta gente no son primerizos en esto: eran profesionales del asesinato. Me gustaría saber si el tipo del parador también era canadiense.

—Lo sabemos pronto: se lo quité todo, así que algún dato encontraremos. ¿Encontraste a Pines muerto o pudo decirte algo?

—Pudo decirme algo, pero no sé a qué se refería.

—¿Qué te dijo? —Le miró vivamente Stella.

Nick lo repitió palabra por palabra. Luego, los dos quedaron silenciosos, alejándose cada vez más del lugar de los hechos. Por fin, Stella dijo:

—Tenemos que encontrar un lugar tranquilo y adecuado donde examinar nuestros respectivos botines. Quizá obtengamos algún resultado.

—De todos modos no tenemos nada más —refunfuñó Nick.

Cuarenta minutos más tarde ambos se inscribían en un pequeño motel con el nombre de señor y señora Barrows, sin más complicaciones. Ya en la cabaña que les asignaron, colocaron sobre una mesita redonda todo lo que uno y otra habían encontrado en los bolsillos de Pines y de su asesino. Respecto a las pertenencias de Pines, nada a destacar, salvo una pequeña agenda con números

telefónicos, que Nick hojeó hoscamente y dejó a un lado.

—Veamos lo tuyo.

El hombre se llamaba Robert Cullogh y era británico. En la billetera, además, llevaba dinero americano, unas cuantas libras y un pasaje de avión Londres-Nueva York expedido quince días atrás. No estaba mal. Tabaco, un encendedor, dos pañuelos, algunas monedas y una llave de la cual pendía una pequeña placa de latón con el número 10 grabado.

—Debe ser de un hotel —dijo Nick—, pero, ¿de qué hotel? Maldita sea. ¿Por qué no está también grabado el nombre del hotel? ¿No llevaba nada más?

—Si lo llevaba no supe encontrarlo.

—¡Pues sí que estamos consiguiendo grandes cosas! Esto no es más que una escabechina de guardaespaldas del presidente. Pero no, claro que no. Quizá sea eso lo que quieren que creamos, pero no puede ser eso. Es absurdo. Por muchos de nosotros que maten siempre habrá hombres dispuestos a escoltar al presidente; jamás podrían terminar con todos. Es una idiotez.

—Estoy de acuerdo —asintió Stella—. Pienso que la clave de esto podría estar en el maletín.

—¿Qué maletín? —Gruñó Nick—. Quedó bien claro que Pines nos había traicionado por dinero, y que nos pedía perdón, pero ¿de qué maldito maletín estaba hablando?

—¿Qué clase de maletín lleva el señor presidente?

—¿El presidente? ¡Y yo qué sé! Casi nunca lleva nada, para eso están sus secretarios, ¿no? Además, no debe tener un solo maletín, sino varios. Puede escoger cualquiera de ellos para llevar documentos cuando sea necesario.

—¿Qué documentos llevaba cuando fue a Nueva York? El o sus secretarios, lo mismo da. ¿Qué documentos llevaban?

—Escucha, preciosa, yo soy un guardaespaldas, no un diplomático o consejero del señor Reagan. ¿Cómo demonios quieres que sepa qué documentos llevan él o sus consejeros en sus malditos maletines? Pero está bien, calmémonos. Un maletín. ¿Qué tengo yo que ver con ese maletín, vamos a ver? Porque a quien primero quisieron matar fue a mí, ¿no es cierto?

—Se me ocurre que si tú hubieses muerto y Pines hubiera ocupado tu lugar quizá alguien se hubiera atrevido a intentar

quitarle el maletín al presidente o a su secretario. No sólo tú no habrías podido repeler el ataque, sino que Pines podría haber colaborado con los asaltantes, simulando torpeza en la defensa del maletín.

—Eso está bien pensado —admitió Nick—. Tiene sentido. Y me pregunto una cosa: ¿no podrías tú enterarte del contenido del maletín del presidente en su viaje a Nueva York?

—Podría enterarme.

—¿De veras? Bueno, pues ya tienes algo en qué ocuparte. ¿De veras te lo dirían a ti?

—No olvidemos que puede ser una pista, Nick. Si sabemos lo que contenía el maletín podríamos saber a quién le interesaba y por qué. Pero tenemos un problema en esto.

—¿Qué problema?

—Si informamos de que disponemos de esa pista podría enterarse alguna persona poco conveniente para nosotros. Evidentemente, Pines era un traidor. ¿Quién nos asegura que no hay más traidores? Y si hay más traidores y se enteran de que tenemos esa posible pista, tomarán las medidas necesarias para borrar todo rastro de una vez por todas.

Nick Barrows se rascó furiosamente la coronilla. Luego, mohíno, tomó de nuevo la pequeña agenda de Dexter Pines y volvió a hojearla, deteniendo las hojas de vez en cuando. Había no menos de sesenta números telefónicos allí, de Washington y de fuera de Washington. Algunos de ellos indicaban claramente los nombres de sus propietarios, pero otros sólo tenían delante unas iniciales. Nick sonrió secamente. Estaba seguro de que aquellas iniciales correspondían a otras tantas chicas. No chicas cualquiera, de baja estofa, sino de cierto nivel. Un guardaespaldas del presidente tiene derecho a su vida privada, por supuesto, pero con un mínimo de estilo y discreción...

De pronto, se dio cuenta de que estaba mirando hacía unos segundos un número telefónico ante el cual no había ni nombre ni iniciales. Simplemente, el número.

—Es curioso —murmuró.

—Estaba pensando —dijo Stella— que quizá yo podría enfocar esa investigación del maletín de un modo lo suficientemente discreto. ¿Qué es lo curioso?

—Este número sin nombre ni señal alguna.

Mostró a Stella la agenda abierta. Ella miró el número y frunció el ceño.

—¿Todos los demás números tienen alguna indicación?

—Sí, todos.

—Asegúrate.

Mientras Nick pasaba hoja por hoja Stella Gray encendió dos cigarrillos, y puso uno en los labios de Nick, que la miró un instante y casi sonrió. Un par de minutos más tarde cerraba la agenda, diciendo:

—Es el único sin nombre ni iniciales.

—Tal vez no signifique nada especial, pero conozco una persona que puede decirme a quién corresponde ese número en menos de veinte minutos.

—Llama a esa persona.

Stella Gray llamó por teléfono, se presentó, dio el número anotado en la agenda de Pines y luego el del motel donde se hallaba. Diecisiete minutos más tarde, cuando los dos estaban pensativos dándole vueltas a los datos de que disponían, sonó el teléfono. Alguien quería hablar con la señora Barrows. Esta atendió la llamada, que fue brevísima; duró apenas medio minuto, durante el cual Stella no dijo nada. Sólo al final dio las gracias, colgó y regresó ante el expectante Nick, que la miraba fijamente. Ella se inclinó, agarró la llave de la que pendía la placa de latón con el número 10 grabado, y la hizo oscilar ante el rostro de Nick. Este parpadeó.

Un instante después demostró que su cerebro era de primera categoría:

—¿El número corresponde a un hotel? —susurró.

—A un motel llamado Old Farm, en Owings Mills.

—Eso está a menos de treinta millas de aquí.

—En ese caso podríamos dar un paseo.

Nick volvió a mirar la oscilante llave. Demasiada suerte. Desde luego no era descabellado suponer que la llave correspondía a una de las cabañas del motel Old Farm, en el cual hubiera estado alojado el británico Robert Culloch y al que Pines hubiera llamado alguna que otra vez, pero era como encontrar mágicamente las piezas de un rompecabezas. Demasiada suerte. ¿O no?

—Bueno, no perderemos nada echando un vistazo. Aunque no creo que ese asesino británico tenga nada interesante allí, si es que no hay algún error en esa localización.

—No hay error —rechazó Stella—: Cullogh estaba alojado allí, y es evidente que Pines le llamó en alguna ocasión. Luego, otra cosa: si Cullogh no tiene nada interesante o importante en su cabaña, ¿por qué llevarse la llave? Yo diría que no deseaba que nadie entrase en su cabaña durante su ausencia.

—Cullogh tenía que saber si el encargado del motel tiene llave duplicada de todas las cabañas. Pero está bien, se llevase la llave por eso o distraídamente, no podemos desdeñar esta pista. Oye —sonrió de pronto—, no lo estamos haciendo tan mal, ¿verdad?

—Parece que no —sonrió también Stella.

—Apuesto a que obtuviste el número uno en tu promoción de agentes de la C. I. A.

—Más o menos —se echó a reír Stella Gray—. Lo que si te aseguro es que no soy una mujer fácil de manejar.

—Ya me estoy dando cuenta. Y además, no eres ni exigente ni boba.

—¿A qué viene eso?

—Todas las mujeres que he encontrado hasta ahora eran exigentes o bobas... o ambas cosas a la vez.

Se puso en pie, abrazó a Stella por la cintura, y la besó en la boca. Ella correspondió suavemente al beso, pero lo apartó pronto.

—¿Crees que es momento para estas cosas, Nick? —susurró.

—No. Vamos a Owings Mills.

* * *

Una hora más tarde, casi las once de la noche, Stella detenía su automóvil a la entrada del motel Old Farm. A la derecha, clavada en una columna de rojos ladrillos, había una placa de latón con el nombre del motel grabado. Una placa de características idénticas a las de la placa que pendía de la llave encontrada en un bolsillo del británico Robert Cullogh.

Desde la entrada, un sendero amplio conducía hacia la cabaña-conserjería, sobre la cual había una luz. En la columna de la izquierda un gran letrero de neón anunciaba en rojo que había

cabañas vacantes.

—Admitiendo la suposición de que Cullogh no estuviera solo en la cabaña diez —murmuró Nick—, ¿qué crees que habrá hecho su compañero o compañera ante su excesiva tardanza en regresar?

—Debemos suponer que habrá ido al lugar de la cita entre Cullogh y Pines a ver si ha ocurrido algo. En cuyo caso, ya sabe que ha ocurrido algo y que una chica pelirroja ha intervenido en la cuestión. Pero quizás estuviera solo.

—Quizá. Pero por si acaso en este motel no va a entrar ninguna cFH6a pelirroja, por ahora, no sea que esa hipotética amigo haya tenido tiempo de ir y volver a recoger sus cosas y las de Cullogh y te vea. ¿Alguna objeción?

—Ya hemos quedado en que no soy una boba, ¿verdad? Si me dejase ver podría complicar las cosas.

—No te alejes mucho —asintió Nick—. Te llamaré si puedes venir.

Stella Gray se apeó y se alejó, desapareciendo pronto en la oscuridad de la noche, seguida por la mirada un tanto preocupada de Nick. Pero éste se tranquilizó enseguida: no podía dudarse que Stella sabía cuidar de sí misma.

Se metió en el recinto del motel. Había pinos y algunas mimosas, y en aquel momento reinaba el silencio y la quietud. Por entre zonas de césped se veían las cabañas, diseminadas. Las altas farolas estilizadas esparcían una iluminación suficiente, pero no deslumbrante. Era un sitio sedante. Y ciertamente no podía ser barato.

Detuvo el coche ante la cabaña-conserjería, se apeó, y entró en ésta. Un hombre de unos cincuenta años, más bien alto, grueso, de aspecto bonachón, acudía ya a su encuentro, con gesto amable.

—Buenas noches —saludó Nick—. He visto ahí fuera que tienen vacantes, y me ha parecido mejor parar aquí en lugar de llegar a Washington.

—Buenas noches, señor. Si, es algo tarde. ¿Viaja solo?

—Por el momento. Un amigo me recomendó este lugar, dijo que era muy agradable. Es británico: Robert Cullogh.

—¿El señor Cullogh? —se sorprendió gratamente el conserje—. ¡Precisamente está aquí desde hace unos cuantos días!

—¿De veras? —Mostró una fingida alegría Nick—. ¡Estupendo!

¡Le voy a dar una buena sorpresa a ese sinvergüenza! Oh, bueno...
¿Está solo? Quiero decir que si ha venido acompañado...
¿Comprende? —Guiñó un ojo.

—No, no, el señor Cullogh está solo. Pero no se halla ahora en el motel.

—Vaya. ¿No sabe adónde ha ido?

—No señor. Se fue poco después de las siete, en su coche. Supongo que ha ido a cenar por ahí y a divertirse un poco.

—Claro. Le veré por la mañana, entonces. ¿Cuál es su cabaña?

—La diez.

Nick asintió y miró hacia el casillero, que señaló.

—No veo su llave ahí. ¿Está seguro de que no ha vuelto?

—Seguro. Algunas personas se llevan la llave distraídos.

—Eso es bien cierto —sonrió Nick—. Bien, ¿qué cabaña tiene para mí?

—Estará muy bien en la 19, señor.

El conserje anotó el ingreso del señor Nick Barrows en el motel y se ofreció a acompañarlo, amabilidad que Nick rechazó con no menos amabilidad, asegurando que encontraría la cabaña sin su ayuda. Por supuesto, así fue y ya instalado en ella y tras echarle un breve vistazo Nick sacó el paquete de cigarrillos, y efectuó la llamada.

—¿Nick? —inquirió la suave voz de Stella.

—Sí. Estaba solo en el motel, efectivamente en la cabaña diez. Yo estoy en la diecinueve. Dentro de un rato iré a la de Cullogh para echar un vistazo. Aunque quizá sería mejor esperar al amanecer, para que nadie viera luz en ausencia de Cullogh.

—Me parece acertada esa precaución.

—Escucha, se me ha ocurrido que podrías alojarte tú también aquí. Puedes llegar a pie, decir que has dejado el coche averiado cerca del motel, y que al ver el luminoso has decidido pasar aquí la noche.

—Astuta jugada.

—¿Te estás cachondeando de mí?

—No —rió Stella—. Te llamaré cuando esté en mi cabaña. Y si no te importa, considerando que de todos modos tú has de levantarte tan temprano, yo haré el primer turno de vigilancia, por si alguien llega a la cabaña de Cullogh.

—Si tal cosa sucede, avísame.

—Sabio consejo.

—Maldita sea mi estampa —farfulló Nick; y cortó la comunicación. Quince minutos más tarde sonó su radio.

—¿Sí?

—Estoy en la 22. Los dos patitos. Buenas noches, Nick.

—Buenas noches. ¡Los dos patitos...! ¡Bah!

Cortó de nuevo la comunicación, y entró en el dormitorio. La verdad era que estaba cansado. El y Stella llevaban cuatro días vigilando a Pines hasta que éste fue al parador. Cuatro días de tensión y aburrimiento esperando a que Pines hiciera algo... Si es que estaban en lo cierto en sus suposiciones. Pero habían estado en lo cierto, y los cuatro días de fatiga habían valido la pena. Se tendió en la cama, vestido, y colocó sobre su pecho la radio, para estar seguro de que la oiría cuando Stella le llamase para que la relevara de su vigilancia sobre la cabaña diez.

El maletín.

¿A qué maletín se había referido Pines? ¿Realmente a uno de los que pudiese llevar el presidente o cualquiera de sus secretarios o acompañantes? Una idea comenzó a rondarle con insistencia la mente...

Y justo entonces quedó dormido de modo fulminante.

CAPÍTULO V

Bip-bip-bip...

Abrió los ojos, estiró los párpados, forzó la vista, y pudo ver sobre su pecho el paquete de cigarrillos emitiendo la señal de llamada. Se había quedado dormido con la luz encendida. Cuando movió un brazo para tomar la radio le pareció que todo él era de plomo.

—Dime —barbotó.

—¿Nick?

—Sí, sí, soy yo —se aclaró la voz—. Es que estoy dormido.

—Pues será mejor que despiertes: tres hombres acaban de llegar en automóvil al motel, han detenido el coche a unos sesenta metros delante de tu cabaña, y uno de ellos se ha apeado y va hacia la de Cullogh.

—¡Entonces es que han de recoger algo! —exclamó Nick, que se había sentado de un salto en la cama, desde luego completamente despierto—. ¿Qué hacen los otros dos?

—Siguen dentro del coche.

Nick miró su reloj de pulsera. Era la una y media de la madrugada. Es decir, que en efecto los amigos de Robert Cullogh se habían alarmado al no recibir noticias de éste, y habían ido al parador en su busca. O bien habían llamado al motel preguntando por Cullogh... O ambas cosas. Y si habían llamado al motel el conserje quizá le había mencionado a él. Podía imaginarse la conversación:

«—El señor Cullogh no ha regresado todavía. Precisamente hay aquí un amigo suyo que también quería verle, un tal Nicholas Barrows...»

No, los tipos aquellos no habían ido al parador. Sólo habían

llamado al motel y se habían enterado de que Cullogh no había vuelto por allí, pero que en cambio un tal Nick Barrows sí estaba en el motel. Lo demás tenían que haberlo comprendido con suma facilidad: Cullogh había sido eliminado y él, Nick Barrows, estaba tras la pista. Y si acudían al motel era que algo importante tenían que recoger allí, y de paso, ¿por qué no cargarse al señor Barrows de una vez por todas? Así que recogerían las cosas de Cullogh, y luego irían a por él. Lo que fuese que acudían a recoger tenía que ser muy, muy importante, pues de otro modo no se habrían atrevido a ir al motel, donde, con toda lógica, podía esperarles una trampa.

¿Qué habían ido a recoger? Tenía que ser algo...

—¿Nick? —Sonó la voz de Stella.

—Sí, sí, estoy despierto. Y pensando. Escucha, tú no hagas nada, sigue ahí, no intervengas, ¿de acuerdo?

—Depende de lo que vayas a hacer tú.

—Quédate en el motel. Esos tipos no han pasado por el parador, de modo que no saben nada de la existencia de una pelirroja. Tú te quedas aquí, y yo te llamaré en cuanto me sea posible.

—¿Desde dónde me llamarás? ¿Qué vas a hacer?

—Voy a burlarme de unos cuantos tipos listos... y criminales.

Cerró la radio, se puso en pie y estuvo a punto de apagar la luz. Se dio cuenta de su error y desistió de ello. Seguramente los tres tipos sabían ya que la luz de su cabaña estaba encendida. ¿Qué podían pensar al respecto? ¿Que era la trampa, que él se había dormido, que estaba despierto...?

Salió de la cabaña por la ventana del cuarto de baño, que daba a la parte de atrás, es decir, que de ningún modo podían verlo los tipos del coche. Se alejó hasta que le pareció suficiente, y emprendió el regreso describiendo un arco, de modo que finalmente estuvo detrás del automóvil de los tres sujetos, dejando a éstos entre él y la cabaña, en la que en efecto se veía luz. Escondido tras unos arbustos, vio acercarse al automóvil al sujeto que había ido a la cabaña de Cullogh. El sujeto llevaba una maleta, que metió en el maletero, mientras los otros dos se apeaban.

Cambiaron unas palabras los tres, y luego se dirigieron hacia la cabaña diecinueve. Nick los siguió con la mirada, y luego miró hacia el coche. Podía acercarse a éste, abrir el maletero, que evidentemente no había sido cerrado con llave, y apoderarse de la

maleta. Una vez en poder de ésta todo lo que tenía que hacer era escapar de allí, evitando más disparos y más muertes. Y si lo que contenía la maleta era tan importante quizás aquel asunto pudiera ser finalmente solucionado.

No se sorprendió en absoluto de que los tres hombres pudieran entrar en su cabaña sin disponer de llave. Cerraron la puerta tras ellos, y Nick se dispuso a correr hacia el automóvil para hacerse con la maleta. Pero, ¿y si le veían desde una ventana?

Lo lógico era que al ver abierta la ventana del cuarto de baño comprendieran que había escapado por allí, y quizá siguieran ellos el mismo camino para salir, con la esperanza de alcanzarlo, pero no había que fiarse. Así que, aunque malhumorado, decidió evitar el riesgo de ser visto desde una ventana frontal, y siguiendo el mismo camino de antes, por entre arbustos, emprendió veloz regreso hacia la parte de atrás de la cabaña.

Cuando llegó allá, el tercer hombre estaba saliendo por la ventana. Nick vio el brillo de un par de pistolas. Uno de los hombres estaba señalando hacía por donde suponían que había huido. Porque si no estaba en la cabaña, y no les había hecho frente de ningún modo era que había huido, ¿no?

Regresó a toda prisa hacia el coche de los tres sujetos, y, a tumba abierta, con el riesgo, de que ellos decidieran regresar inmediatamente en lugar de buscarlo aunque sólo fuese un par de minutos, corrió hacia el vehículo, alzó la tapa del maletero, en efecto sin dificultad alguna... y soltó un fuerte respingo al oír otro respingo dentro del maletero y encontrarse con la pequeña pistola ante las narices.

—¡Nick! ¡He podido matarte! Nick Barrows sacudió la cabeza.

Aquello no podía ser cierto. ¿Era Stella Gray la persona que estaba dentro del maletero?

—Dios mío —jadeó—, ¿estás loca? ¡Sal de aquí! ¡Sal de aquí inmediatamente, y lárgate con la maleta! ¡Yo me meteré ahí dentro, para ver adónde se dirigen! ¡Vamos, sal de ahí!

—Entra —rió ella—: viajaremos juntos.

—¡Claro que no! ¡Fuera de ahí! ¡Ahora mismo!

—No. Iremos juntos.

—¡Notarán demasiado peso!

—No en este coche. Entra o cierra. ¿Quieres llevarte tú la

maleta?

—¡La madre que te parió!

Stella Gray no dijo nada. Y Nick Barrows comprendió que ella no iba a salir del maletero. Sí, podía llevarse él la maleta y dejarla marchar a ella en el coche, pero... Ahogó una maldición, se metió dentro del maletero, y bajó la tapa. Se encontró en la oscuridad total, encogido en tan incómoda posición que sabía que no la soportaría mucho tiempo, ni siquiera contando con el placer de tener su cuerpo pegado al de Stella Gray, cuyos pechos notó aplastados contra el suyo. Quiso colocarse mejor, y una de sus manos rozó el bajo vientre de ella. ¡Y sólo faltaba la maldita maleta allá dentro! El maletero era muy espacioso, pero... Al moverse de nuevo consiguió desplazarse un poco, pero su cara se hundió en el seno de Stella...

—Pero, ¿qué estás haciendo? —exclamó ella.

—Aprovechándome de la situación.

—Estate quieto de una vez, ¡no hagas más ruido! Además debes estar moviendo el coche.

Nick consiguió finalmente una postura aceptable, aunque perdiendo contacto con los senos de Stella, y que quedó quieto. No oían nada. Los tres sujetos debían estar buscándolo a él, claro, pero no lo harían mucho tiempo. Comprenderían pronto que él no pensaba hacerles frente, sino que se había escapado, y regresarían al coche.

Y de pronto, al comprender lo que había hecho primero Stella y luego él sintió un estremecimiento.

—Dios mío —susurró—, ¡estás loca! En cuanto lleguen a destino abrirán para hacerse con la maleta, y te verán. ¿No pensaste en esto?

—¿Y tú?

Nick no contestó. Claro que abrirían para recoger la maleta... La maleta. El maletín. El maletín que había mencionado Pines. Antes de dormirse había estado pensando en esto, había tenido aquella idea insistente que se acercaba a la revelación... Y de pronto, tuvo la revelación.

—El maletín —jadeó—. Stella: ¡es el maletín blindado con los códigos para emergencia bélica!

Ella no alzó exclamación alguna, no pareció sorprenderse, ni

excitarse. Simplemente, dijo:

—¿Quieres callarte de una vez?

Nick no dijo nada más. Ella tenía razón, se estaba comportando con una imprudencia temeraria. Y no se había sorprendido ni alarmado. ¿Había comprendido ya con anterioridad Stella de qué maletín se trataba? El maletín blindado...

En todos sus desplazamientos el presidente de Estados Unidos llevaba siempre cerca de él un funcionario del departamento de Defensa que portaba ese maletín conteniendo las claves para utilizar en caso de alarma nacional. Con ese maletín, el presidente debía ser trasladado inmediatamente a la base de Andrews, para utilizando sus claves y códigos hacerse cargo personalmente de las operaciones de réplica a una agresión nuclear por parte de la Unión Soviética o de cualquier otra potencia. Es más: ya durante el viaje el presidente iniciaría la réplica utilizando los códigos del maletín. Así que la pregunta inevitable era: ¿qué pasaría si al presidente de Estados Unidos le privaban de ese maletín? Si no había agresión nuclear, en principio no pasaría nada absolutamente, pero ¿y si le quitaban el maletín precisamente en un momento de emergencia bélica?

Era imposible. Ciertamente, se podía intentar un asalto a la comitiva presidencial con el objetivo de quitarle el maletín al funcionario del departamento de Defensa que siempre viajaba a dos metros del presidente. Hasta aquí tenía sentido. Sobre todo, después de lo ocurrido con él: habían querido matarlo para que Dexter Pines ocupase su lugar, de tal modo que directa o indirectamente, por simple pasividad o torpeza, colaborase en el éxito del robo del maletín por parte de un grupo bien entrenado. Hasta aquí, bien, sí, pero ¿para qué quería alguien el maletín con las claves si no había emergencia bélica? Y no la había. Así que, en definitiva, el maletín no les serviría de nada, porque naturalmente lo primero que haría el departamento de Defensa en cuanto el maletín fuese robado sería anular las claves y preparar otro maletín con las nuevas claves y códigos.

Así que, ¿para qué querían el maletín blindado del presidente?

Nick se las arregló para colocarse de modo que su rostro quedase de nuevo cerca del de Stella, y susurró junto a su oído:

—¿Para qué pueden quererlo?

Con su respuesta, ella demostró que sus pensamientos habían

trascendido paralelamente a los de él, por el mismo sendero:

—Para nada si no hay emergencia bélica. Sólo serían una... curiosidad del espionaje, una anécdota. Por el amor de Dios, Nick, cállate.

De nuevo quedó silencioso Nick Barrows. Y esta vez fue en verdad oportuno, porque a los pocos segundos oyeron el rumor de los hombres regresando, y algunas voces. No pudieron entender lo que decían, ni saber si habían regresado los tres hombres o se había quedado alguno cerca de la cabaña por si él regresaba.

Pero lo supieron pronto, porque oyeron abrirse y cerrarse tres de las portezuelas del coche, y el movimiento suave de éste al entrar otros tantos hombres. El motor zumbó. Luego, iniciaron el viaje hacia lo desconocido.

Un viaje que duró casi dos horas, y que fueron un auténtico suplicio de incomodidad para Nick Barrows y Stella Gray, que de vez en cuando habían rebotado el uno contra el otro o se habían golpeado con la maleta de Robert Cullogh recogida en su cabaña del motel Old Farm.

Para entonces ambos sabían ya lo que contenía la maleta, pues Stella había conseguido abrirla e introducir en ella la mano lo suficiente para palpar. Era, simplemente, una pequeña emisora. Se sintieron ambos decepcionados. Los amigos de Cullogh habían actuado con lógica al querer retirar aquella emisora, pero no era nada que pudiera resultar revelador para ellos.

Lo que sí sería revelador sería su destino. Ahora si estaban en la buena pista, sabían que llegarían a un lugar desde el cual se podrían emprender ya acciones definitivas contra personas directamente relacionadas con los planes referentes al maletín blindado del presidente. Pero esto sólo podrían hacerlo si al llegar a ese lugar podían controlar la situación en cuanto la tapa del maletero fuese alzada. Y no parecía que fuese a resultar demasiado difícil, contando con la sorpresa y la lógica.

La lógica, porque era de esperar que sólo uno de los hombres se ocupase de abrir el maletero para hacerse cargo de la maleta. La sorpresa, porque tanto si era un solo hombre como si eran los tres, lo que menos esperarían sería hallarse ante dos pistolas expertamente manejadas que...

No vale la pena seguir, porque la señorita Gray y el señor

Barrows se iban a llevar una de las mayores sorpresas de su vida... en muchos sentidos.

Finalmente, el coche se detuvo, el motor fue apagado. Se oyeron las portezuelas abriéndose y cerrándose. Luego, el silencio. ¿Sería posible tanta suerte? ¿Se iban los hombres dejando la maleta en el coche, de modo que ellos podrían abrir el maletero desde dentro y encontrarse sin riesgo alguno en el cubil de...?

Llegó la sorpresa. La voz:

—Vamos a abrir el maletero, para que salgan ustedes con las manos en alto y por supuesto sin arma alguna en ellas. Si no lo hacen así, los soldados dispararán.

Nick y Stella estaban petrificados por el asombro que les había producido las últimas palabras del hombre: los soldados. ¿Qué soldados? Por un instante, como sincronizadas sus mentes, ambos pensaron que se hallaban en Canadá, pensamiento basado en la nacionalidad de los dos asesinos que habían pretendido matar a Nick. Pero era imposible: en dos horas no podían haber llegado en automóvil desde las cercanías de Washington a Canadá...

Oyeron de nuevo la voz:

—Cambio de órdenes: abran ustedes mismos el maletero y salgan. No olviden mis advertencias. Hay un pelotón de soldados esperando.

Nick se removió, dolorido y confuso.

—Es mentira... ¡Tiene que ser mentira, Estella!

—Seguramente. Pero lo cierto es que saben que estamos aquí. Y, sean o no soldados los que nos estén esperando, están preparados.

—¡Maldita sea!

—Esto les pasa hasta a los más listos. Creo que debemos obedecer, simplemente. Prefiero dialogar a que acribillen el coche con nosotros dentro. Sería una muerte estúpida.

Nada que objetar, el propio Nick abrió el maletero por dentro. La tapa se alzó sobre sus muelles, y en el acto el raudal de luz de dos focos cayó sobre la espía y el guardaespaldas, que se protegieron los ojos con un antebrazo.

—¡Vamos, salgan!

Se incorporaron, alzaron los brazos y saltaron fuera del maletero. La luz les cegaba, pero no del todo. A su alrededor pudieron ver varias siluetas, y distinguir sobre sus cabezas las

formas de los cascos. Dos soldados norteamericanos con uniforme de campaña aparecieron ante ellos, y procedieron a quitarles las armas... En aquel momento llegaba otro automóvil al lugar, y ambos lo identificaron: era el de Nick. Se detuvo y un hombre se apeó. Los dos prisioneros cambiaron una mirada, como disculpándose el uno al otro por no haber adivinado que las había tendido una magnífica trampa.

Caminen.

—Un momento —dijo Nick—. Evidentemente todos nosotros estamos cometiendo un error que no acierto a comprender, pero error, sea como sea. Mire, nosotros somos...

—Sabemos muy bien quiénes son ustedes. Caminen hacia el calabozo.

—¿Calabozo? ¡Escuche, podemos explicar...!

Por detrás, un soldado golpeó a Nick en los riñones con el cañón de la metralleta, arrancándole un grito de dolor y haciéndole caer de rodillas. Stella adivinó la siguiente reacción de Nick, y se apresuró a tomarle de un brazo para ayudarlo a ponerse en pie, mientras murmuraba:

—Me temo que no es momento de explicaciones, Nick. Obedezcamos.

—¡Suélteme! —se desasíó él bruscamente—. ¡No necesito ayuda!

—Te sugiero que te tomes todo esto con calma.

—Es una buena sugerencia —dijo el hombre que dirigía el asunto en aquel momento—. Caminen.

Ahora veían mejor, el deslumbramiento había cedido. Dos soldados se colocaron ante ellos y echaron a andar. Nick y Stella también lo hicieron. En la tierra resonaban blandamente las sólidas botas militares. Al salir del campo de luz de los focos pudieron ver mejor todavía, gracias a su resplandor. Había no menos de veinte soldados y un par de oficiales. Al fondo se veía una construcción plana. A su derecha, una casa corriente, sin indicio militar alguno. Alrededor todo era bosque, e incluso en el pequeño claro había pequeños grupos de árboles, cerca de los cuales divisaron más figuras de soldados.

—No entiendo nada —masculló Nick—. ¿Nos han traído a un campó especial militar? Stella no contestó.

Pasaron cerca del barracón, lo rodearon y vieron ahora ya sólo a

la luz de las estrellas una pequeña casamata, metida entre unos pinos. Todas las luces del campo militar habían sido apagadas. Llegaron a la casamata, toda ella de piedra y madera vieja, y comprendieron que era el calabozo, es decir, que hacía las funciones de tal. Originariamente, y muchos años atrás, quizá más de cien, la casamata debió servir para guardar aperos de labranza e incluso alguna mula. La puerta, carcomida pero gruesa y sólida, fue abierta por uno de los soldados, que se apartó.

—¿Podemos saber quién manda en este campo? —preguntó Stella.

—No. Oportunamente serán requeridos para interrogatorio. Entren. Y no intenten escapar: serían fusilados.

—Escuche, amigo... —empezó Nick.

—Escuche usted, señor: nosotros obedecemos órdenes, y eso es todo. ¿Puede entender esto?

—Lo entendemos —dijo Stella, tirando de un brazo de Nick, cuyo mal genio podía complicar todavía más las cosas.

Entraron en la casamata, y la puerta fue cerrada. Dentro olía como a viejo y húmedo. Al moverse en busca del interruptor de la luz Nick se golpeó en una pierna con algo, y lanzó una maldición. Su humor iba empeorando. Y todavía empeoró más cuando comprendió que era absurdo buscar luz eléctrica en aquel lugar. Había dos ventanucos por los que entraba el leve y azulado resplandor de las estrellas, y eso era todo.

Tardaron un par de minutos en ver lo suficiente para moverse sin tropiezos. Nick había tropezado en una vieja carretilla de mano, que le causó no poco asombro. Era como estar en un museo. Todo estaba sucio y desordenado. Había un par de viejos somiers, sacos, una rueda de carro, algunas palas y picos, arneses...

—Pero ¿qué demonios es esto? —farfulló Nick.

—El calabozo —dijo sosegadamente Stella—. Será mejor que nos preparemos para pasar la noche.

—¡Esto es absurdo! Nos lanzamos tras la pista de un asesino británico y nos encontramos prisioneros de soldados americanos. ¡Es absurdo!

—Lo parece, en efecto. Lo único que podemos pensar es que los tres hombres que fueron al motel de Cullogh no son amigos de él precisamente.

—¡Pero entonces son amigos nuestros!

—De acuerdo a la lógica, sí. Mañana se aclarará todo. Ayúdame a colocar bien los somiers. Prepararemos dos lechos con los sacos. Yo tengo sueño.

—¿Sabías una cosa?: eres la chica más extraordinaria que he conocido.

—Ya lo sé —rió ella—: ni boba ni exigente. Sería una boba si no me adaptara a la situación y me dispusiera a dormir; y una exigente si rechazara un lecho viejo con sacos. Vamos, Nick, tenemos que estar lo más descansados posible por la mañana.

En cuestión de minutos habilitaron los dos lechos. Stella fue la primera en tenderse en uno de ellos, sobre unos sacos, y utilizando otros para taparse. Nick la veía bastante bien. La vio acomodarse, suspirar... y luego oyó su respiración regular, lenta y profunda. Una respiración de atleta. Nick Barrows estaba atónito. ¡Pues no se había dormido aquella muchacha...!

CAPÍTULO VI

La luz del sol penetró por uno de los ventanucos, y Nick Barrows se movió cuando llegó a su rostro. Al poco parpadeó, terminó por quedar con los ojos abiertos, y durante un par de segundos permaneció inmóvil, recordando, situándose en la realidad. Acto seguido, se sentó de un salto sobre el viejo somier, que crujió y chirrió.

—Buenos días, Nick.

Volvió la cabeza, y vio a Stella sentada en el borde de su lecho. Por un instante, al resplandor del rayo de sol, la vio tan hermosa que quedó sobrecogido.

—Buenos días —murmuró—. Esperemos que lo sean. ¿Hace mucho que estás despierta?

—Unos minutos nada más: desde que empezó a amanecer.

Nick Barrows asintió y se pasó las manos por la cara. Luego se puso en pie y fue a echar un vistazo al exterior por el ventanuco. Vio la casa y el barracón, pero ningún soldado. Se volvió hacia Stella, sonriendo ceñudamente.

—Espero que toquen pronto diana y que nos traigan el desayuno. Me sentarían muy bien un par de tazas de café. ¿Qué acostumbras tú a desayunar?

—Ensalada y un poco de carne.

—No me digas eso —quedó atónito Nick.

—Detesto el bacon. Y los cereales me matan de aburrimiento. Nick movió la cabeza. Luego, sonrió.

—¡Qué situación! Nos ponemos detrás de unos asesinos que contratan traidores y nos metemos en un campo militar. Bien, esperemos que todo se aclare pronto. Me pregunto qué están esperando para tocar diana.

—Apuesto a que no la tocan —rió Stella.

—Ya. Era de temer.

En efecto, no hubo toque militar matinal alguno. Simplemente, dos horas más tarde vieron cuatro soldados acercándose al calabozo formando un perfecto cuadro, terciadas ante sus pechos las metralletas, magníficos con sus uniformes de campaña, impávidos sus rostros bajo los cascos. La pequeña formación se detuvo ante la puerta, se oyó el girar chirriante de una llave.

—Salgan.

Salieron los dos a pleno sol. Un espléndido día de otoño. El soldado que había abierto la puerta señaló hacia la casa y ellos echaron a andar, llevando detrás a los cuatro marcialísimos y atléticos sujetos. Comenzaron a ver algún que otro soldado entre los pinos. El silencio era total, parecía que el bosque que les rodeaba les protegiera de cualquier ruido; sólo se oía el recio pisar de los cuatro soldados tras ellos. De alguna parte llegó el piar de unos pájaros.

—¿Tienes idea de dónde estamos? —preguntó Nick.

—En alguna llanura boscosa al oeste de los Allegheny, relativamente cerca de éstos.

—Podríamos estar en cualquier otra parte, ¿no?

—Sí. Pero tú me has preguntado y yo he dicho lo que creo.

Llegaron a la casa, la rodearon y entraron. Sí, era una casa normal y corriente, de dos pisos. Frente a la entrada, una escalera arrancaba hacia el piso superior. Fueron introducidos en una salita, a la izquierda del vestíbulo. Un viejo reloj de pared señalaba las nueve y siete minutos. Se oía su tic-tac con toda nitidez. Los cuatro soldados se colocaron en posición de descanso, y parecieron convertirse en estatuas. Nick y Stella se sentaron en un sofá, uno junto al otro.

—Pues no veo el desayuno por ninguna parte —masculló Nick.

Stella estaba mirando alrededor. No había nada digno de especial interés. Algunos cuadros, una librería con viejos volúmenes, un aparador, sillones, una polvorienta alfombra, unas sillas, una lámpara de pie... Tic-tac, tic-tac, tic tac... Los cuatro soldados parecían talmente de piedra.

A las nueve y media se abrió la puerta y entró un comandante, que se apartó, sosteniendo la puerta.

Entonces entró en la salita el señor Ronald Reagan, presidente de Estados Unidos de América.

Durante unos segundos el estupor mantuvo inmóviles, boquiabiertos, a Nicholas Albert Barrows y Stella Gray. Luego, a la vez, ambos se pusieron en pie, ella impávida, él con un gesto de rabia en el rostro, y exclamando:

—¿Qué clase de fantochada es ésta?

—Siéntese, señor Barrows —dijo el presidente norteamericano, sin que se moviesen en absoluto sus facciones—, y compórtese con tranquilidad, o será fusilado.

—¡Pero qué demonios de fusilado! ¿Quién es este chiflado?

En muy buena medida, Nick Barrows tenía razón: el hombre que estaba ante ellos *parecía* el presidente norteamericano, pero era debido a la máscara que imitaba el rostro de éste y que, por supuesto, no podía engañar a nadie más que al primer y distraído vistazo. La absurda superchería resultaba evidente en el acto.

—Señor Barrows —dijo el comandante—, siéntese y atienda al señor presidente, o va a lamentarlo.

Stella asió a Nick de una mano y le hizo sentarse, todavía rojo de rabia. El falso presidente ocupó un sillón frente a ambos, y cruzó las piernas con gesto elegante. Por los orificios de la máscara se veía el brillo de sus oscuros ojos, que se desviaron hacia Stella Gray.

—¿Puede decirme quién es exactamente usted, señorita?

—Stella Gray, agente de la C. I. A.

—¿Y qué hace usted acompañando al señor Barrows?

—Soy su guardaespaldas.

—Ah, ya. Sí, entiendo. Y al parecer es usted una persona de gran eficacia en la acción; tengo entendido que fue una mujer pelirroja la que mató a uno de mis hombres. ¿Fue usted?

—Sí.

—Admirable. Cullogh no era precisamente un novato en estas cosas. Bien, me gustaría saber qué procedimiento siguieron ustedes para llegar hasta donde han llegado.

¿Vigilaron a Dexter Pines?

—En efecto.

—Me lo temía. Pero pensé en ello demasiado tarde. Debimos eliminar a Pines antes y en circunstancias menos fáciles de controlar por otras personas. Pero en fin, así están las cosas. ¿Qué

más saben ustedes de todo esto?

—Ni siquiera sabemos qué es *todo esto* —dijo Stella.

—Ah, espléndido. ¿Quién más trabaja con ustedes en este rastreo de Pines?

—Nadie más.

El señor Reaganladeó la cabeza y estuvo unos segundos mirando fijamente los ojos de Stella Gray. Esta apretó los labios para contener la sonrisa. Sabía exactamente lo que estaba pensando el presidente. Si ella hubiera dicho que había compañeros suyos apoyándolos, él habría deducido que era mentira y que sólo pretendía asustarlo o, cuando menos, colocarlo en una posición forzada para llegar a un acuerdo. Pero al decir ella que estaba solos, él no se decidía a creerlo.

De pronto, el señor Reagan murmuró:

—Es usted muy lista.

—Sí.

—Sin embargo —la mirada del presidente se trasladó a Nick—, quien me preocupa es el señor Barrows. ¿Qué más investigaciones hizo usted, señor Barrows, además de la referente a Dexter Pines? ¿Ha obtenido alguna conclusión respecto a estos acontecimientos?

—Desde luego: ustedes quieren el maletín blindado con los códigos secretos.

—¿Cómo ha podido llegar a esta conclusión?

—Pines dijo algunas palabras antes de morir.

—Claro. ¿Han hablado ustedes con alguien del maletín?

—Por supuesto —mintió con todo aplomo Nick Barrows—. Avisé inmediatamente de esto a mi jefe, por teléfono, y la señorita Gray informó también a la C. I. A. Lo que significa que puede usted despedirse de conseguir ese maletín en el futuro, en el supuesto de que fuese factible conseguirlo.

—¿Usted cree que no?

—Tal vez lo sea —intervino Stella—. Pero ¿para qué quiere usted ese maletín? Las claves que contiene no le servirían de nada. Supongamos que prepara usted un asaque perfecto al séquito del señor presidente y que consiguen el maletín. ¿De qué le serviría?

—Cuando menos para complicarle un poco la vida al señor Reagan, ¿no le parece?

—Claro que no, salvo que justo en aquel momento hubiera una

alarma de agresión nuclear contra Estados Unidos, lo que me parece bastante improbable. En muy poco tiempo el señor Reagan dispondría de otro maletín con los nuevos códigos que sustituirían a los del anterior maletín, naturalmente anulados en el acto.

—Usted está hablando, señorita Gray, como si no pudieran coincidir la alarma nuclear y el robo del maletín. Y créame: pueden coincidir.

—Claro que no. En primer lugar, dudo mucho que Rusia ataque a Estados Unidos. Y en segundo lugar, si lo hiciera no le informaría a usted con tiempo para que robase ese maletín. A menos, claro está, que usted sea un agente ruso encargado de conseguir el maletín, avisar entonces, y que Rusia, que estaría esperando, iniciara la agresión. ¿Debo creerme eso?

—¿Por qué no? Es una buena explicación, ¿no le parece? Y sería una acción de espionaje sensacional apoyando, o mejor dicho propiciando, el siempre temido y esperado ataque de la Unión Soviética. Yo robo el maletín, informo de ello y de que el señor Reagan está inerme sin sus claves... y en el acto se produce la agresión rusa. ¿No es un plan magnífico?

—Y de colosal envergadura —admitió Stella—. Le felicito a usted.

—Gracias. ¿Se imagina?: Rusia bombardeando Estados Unidos con sus proyectiles nucleares y el señor Reagan sin sus claves para organizar la respuesta... Cuando se iniciase la reacción, Estados Unidos sería ya un montón de escombros.

—Lamento desengañarle, amigo —dijo cáusticamente Nick—, pero está usted muy equivocado. ¿Realmente cree que Estados Unidos no haría nada para repeler la agresión aunque el señor Reagan no tuviera sus códigos?

—Ah. ¿Qué haría Estados Unidos, señor Barrows?

—En una situación de emergencia como la que estamos describiendo, el señor Reagan, con o sin claves, reaccionaría de modo fulminante: simplemente, ordenaría que todos los proyectiles de réplica norteamericanos fuesen disparados contra Rusia. Todos. ¡Y adiós Rusia!

—¿Eso haría el señor Reagan, señor Barrows?

—Naturalmente. ¿Qué demonios pensaba usted? ¿Que nos íbamos a dejar zurrar sólo porque usted hubiera robado un maldito

maletín con claves que sólo nos servirían para morir si nos aferrábamos a ellas?

—Vaya —movió la cabeza pesarosamente el falso presidente—. ¡Yo no contaba con esto, francamente!

—Pues es usted un pobre bobo. Maldita sea, ¿realmente creía que nos íbamos a dejar masacrar sin machacarlos a ustedes al mismo tiempo?

—Es una gran contrariedad —murmuró el falso presidente—. Bien, tengo que admitir que lo que usted dice es lógico, señor Barrows, así que... tendré que revisar mi plan de trabajo. Me ha fastidiado usted, créame. Yo quería hacer las cosas muy bien, y por eso decidimos eliminarlo a usted para que Pines colaborase en la consecución del maletín con las claves. Después de ese fracaso estaba decidido a atacar la comitiva presidencial en la próxima ocasión, fuese como fuese, a lo bestia si me permite la expresión, con tal de conseguir ese dichoso maletín. Pero ahora, ¿ve, señor Barrows, como siempre es conveniente un cambio de impresiones? La verdad, le estoy muy agradecido a usted por sus informaciones.

—¿Informaciones? —Gruñó Barrows—. ¡Yo no le he facilitado a usted ninguna información! Lo que he dicho yo se lo habría dicho un niño cualquiera. Y si usted no había pensado en eso es que es un cretino total.

—Pues debo ser un cretino, porque no previne esa reacción norteamericana tan drástica. En fin, voy a meditar largamente sobre eso, señor Barrows. Habrá que buscar una solución. La encontraré, por supuesto.

—Claro que no.

—Ya veremos. Mientras tanto, considerando lo beneficioso que me resulta conversar con ustedes los voy a conservar con vida, y en su momento tendremos otra charla. Pueden ustedes pasear por mis propiedades, pero, por favor, no busquen complicaciones, no obliguen a mis soldados a disparar contra ustedes.

—Tenemos hambre —dijo acremente Nick.

—El comandante Smith les atenderá en eso. Buenos días.

Se puso en pie y se dirigió hacia la puerta, que el comandante le abrió rápidamente. Se detuvo allí al oír la pregunta de Stella Gray:

—¿Y cuándo pensaba usted atacar... a lo bestia la comitiva del señor Reagan para conseguir ese maletín?

El falso presidente se volvió.

—El tiempo es oro, señorita Gray, Y antes de dar tiempo a sus servicios analíticos para que estudien todas las derivaciones posibles del caso del señor Barrows y la muerte de Dexter Pines, tendré que atacar. Quiero decir con esto que atacaré a la comitiva del señor Reagan en su próximo viaje, eso es fácil de comprender.

—Sí, es fácil —admitió Stella.

El presidente se volvió de nuevo y abandonó la salita. El comandante Smith dijo que se iba a ocupar de sus desayunos, y salió a su vez. Los dos prisioneros quedaron bajo la custodia de los cuatro petrificados soldados. A los pocos minutos regresó Smith.

—Les traerán algo de comer ahora. Luego, si lo desean, pueden pasear por el exterior, pero me permito insistir en que cualquier intento por su parte de causar problemas será severamente castigado.

—Nos portaremos bien —dijo irónicamente Nick.

Smith se marchó de nuevo. Otros pocos minutos más tarde, cuando entraba un soldado con «mono» de faena portando el desayuno para los prisioneros, éstos oyeron un rumor en el exterior, alzaron la cabeza y luego se miraron.

—Un helicóptero —murmuró Nick.

—Sí. Se está alejando.

—Oh, es lógico: el señor presidente regresa a la Casa Blanca. ¿Te parece que algo de todo esto tiene sentido?

—Debe tenerlo.

—Sí, Claro. Ese sujeto no puede ser tan tonto, ¿verdad?

—Yo creo que no. Me parece que no me traen mi desayuno favorito, pero tendré que aceptar lo que sea. Y luego podríamos dar un paseo... No hay que tomarse las cosas por el lado trágico, ¿no te parece?

—Me gusta estar contigo —sonrió Nick Barrows—: además de no ser ni boba ni exigente, no eres histérica.

—Y todavía tengo otras cualidades que desconoces —rió Stella Gray.

—Ya las iré conociendo. Bien, veamos qué nos trae este apuesto y valiente soldado de servicio en la cocina...

Siempre bajo la vigilancia de los soldados diseminados por el lugar y especialmente cubriendo la linde del bosque, los prisioneros se dedicaron a pasear apaciblemente bajo el grato calor del sol otoñal.

La primera sorpresa, y no poco grande, se la llevaron cuando se acercaron a un grupo de soldados que montaban guardia formando un círculo alrededor de un gran hoyo practicado en el suelo y cubierto por una lona de camuflaje. Y no era aquél el único punto en estas condiciones; había no menos de diez, y el total de soldados de guardia no bajaba de los cincuenta.

Por supuesto, los soldados no podían ser auténticos soldados norteamericanos, pero era todo tan perfecto que lo parecían. Todo allí producía la sensación de un discreto campo militar, de zona prohibida. Y lo menos que podían pensar Nick y Stella era que estaría prohibido alzar una de aquellas lonas de camuflaje para ver qué ocultaban. No obstante esto, Nick decidió probar y, llevando de la mano a la preciosa pelirroja, se acercó a uno de los grupos de impávidos soldados, los miró, los remiró y luego se inclinó, asió el borde de la lona y los volvió a mirar.

Ni uno solo de los soldados reaccionó. Nick miró a Stella.

—Ayúdame —murmuró.

Retiraron parte de la lona, y vieron el enorme hoyo... dentro del cual divisaron la impresionante mole del proyectil nuclear de la serie «Minuteman». Durante unos segundos los dos quedaron inmóviles mirando el reluciente proyectil. Luego, cambiaron una mirada.

—Dios del cielo —murmuró Nick—, ¿con qué clase de locos nos hemos metido?

—Son de cartón piedra —dijo Stella.

—¡Ya lo sé! Pero, ¿qué significan?

—Significan lo mismo que las palabras del presidente de la máscara: absolutamente nada.

—De modo que tú tampoco le has creído...

—Claro que no. Sea o no sea ruso, y yo creo que no lo es, no iba a ser tan ingenuo de confiarnos sus planes. Nos ha mentado, ha creído que estaba hablando con un par de pobres tontos.

Colocaron la lona en su sitio, y fueron a mirar en otro hoyo, que contenía otro «Minuteman» de pega. En otro hoyo había un «Titán».

Nadie les impidió examinar los hoyos que quisieron. Los vigilaban, y sabían que si intentaban escapar por el bosque podían darse por muertos, pero no les impedían hacer lo que les venía en gana. Estuvieron en el barracón, habilitado para no menos de ochenta hombres; recorrieron todo el perímetro interior del bosque, localizaron los puestos de vigilancia entre las ramas de altos pinos, descubrieron las ametralladoras camufladas bajo redes con ramajes... Podían hacerlo todo, menos escapar, naturalmente.

Poco después del mediodía almorzaron, y se retiraron a la casamata para descansar un rato. Stella se quedó dormida inmediatamente sobre los sacos y Nick, tras terminar de fumarse un cigarrillo, se dispuso a dormir también un rato.

Hacia las cuatro de la tarde despertaron ambos a la vez al oír el fuerte rumor de algunos vehículos. Saltaron de los techos, y salieron de la casamata, echando a correr hacia la explanada situada frente a la casa y el gran barracón.

Había ahora en la explanada cuatro camiones militares, a los que algunos soldados estaban subiendo. También había dos jeeps, y en uno de éstos un general y dos coroneles mirando a los soldados. Un poco más allá, dos cámaras de cine tomaban la escena. Cuando se acercaron más vieron a los hombres de paisano que manejaban las cámaras, y a un sujeto que daba instrucciones. En los lados de las cámaras se veía la inscripción: «Eastern T. V. Movie». Esta sorpresa duró menos, porque de pronto los dos comprendieron, y se miraron.

—Están filmando una película —susurró Nick.

—Sí, eso es lo que le parecerá a cualquiera que pueda acercarse a este lugar. Muy ingenioso.

—Ya lo creo que sí —admitió Nick de mala gana—. O sea, que el presidente no tiene un pelo de tonto. Bajo la cobertura de la filmación de una película, por supuesto de contenido patriótico-informativo, ha reunido aquí a todos estos hombres, realmente armados, con el fin de entrenarlos o mentalizarlos, o simplemente tenerlos concentrados, para cuando llegue el momento proceder al ataque a lo bestia contra la comitiva de nuestro señor Reagan. ¿Te lo imaginas? ¡Demonios, son ochenta hombres por lo menos!

¡Claro que conseguirían el maletín!

—Siempre y cuando nosotros no lo impidamos, claro —le miró

sonriente Stella Gray.

—¿Tienes alguna idea al respecto?

—Sólo una: escapar.

—Pues mira: ¡jamás se me habría ocurrido a mí esa idea! Pero ya que hablamos de ella, ¿cómo escaparías tú? ¿Volando? Incluso así, te cazarían como a un pato en pleno vuelo.

—Gracias por compararme con un pato.

—Bueno —sonrió Nick—, en todo caso una pata, una patita muy linda. Y se me está ocurriendo otra cosa: todo esto que parece la simple filmación de una escena peliculera no es más que el ensayo de esta gente para el momento en que deban atacar a la comitiva del señor Reagan, conseguir su objetivo y escapar.

—Pues mira —le miró divertidísimo Stella—: ¡jamás se me habría ocurrido a mí esa idea!

—Me lo merezco. Y ahora, hablemos en serio: o nos dedicamos a hacer el amor hasta caer muertos o ser fusilados, o nos dedicamos a pensar en el modo de escapar de este lugar. ¿Qué eliges?

—Dedicarme a pensar en escapar de este lugar.

—Tenía la esperanza de que fueses más apasionada —gruñó Nick.

—Te lo explicaré —rió Stella—: si nos dedicamos a tu primera propuesta lo seguro es que no nos permitirán hacerlo durante mucho tiempo; en cambio, si nos dedicamos a escapar quizá lo consigamos, y entonces dispondríamos de mucho más tiempo.

Nick Barrows estaba con la boca abierta. Consiguió cerrarla por fin, y permaneció en silencio.

Realmente, no había nada que objetar.

CAPÍTULO VII

Stella Gray apartó los sacos que la cubrían, se sentó en la litera, y se inclinó hacia la que ocupaba Nick, tocándole en un brazo.

—Nick —susurró.

—Creí que estabas dormida —susurró también él.

—No digas tonterías.

Se pusieron los dos en pie, y se acercaron a los ventanucos. Cada uno miró por uno de ellos. Como la noche anterior, no se veía ni oía nada, desde allí; aunque era de lógica suponer que, además de tenerlos encerrados con llave, habrían dispuesto una vigilancia cerca de la casamata. Pero su decisión estaba tomada, de modo que Nick dijo:

—Ahora o nunca.

Fue al rincón donde había escondido, envueltos en papel de aluminio, los trozos de pan empapados en aceite que había requisado en la cocina. Los desenvolvió, se acercó a la puerta, y exprimió los trozos de pan sobre el papel de aluminio conveniente colocado para retener el aceite. Luego, disponiendo del papel como de un recipiente, fue vertiendo el aceite en la cerradura, hasta que lo agotó. Entonces se volvió hacia Stella.

—Ahora te toca a ti. Veamos qué hábil eres.

Stella se inclinó ante la cerradura, en la cual introdujo el trozo de alambre arrancado de uno de los somiers con no poco esfuerzo, y convertido en una improvisada ganzúa. Lo consiguiera o no, lo que esperaba Nick era que, gracias al aceite, Stella no hiciera ruido alguno que pudiera atraer a un centinela.

—Ya está —dijo ella.

—Ya está, ¿qué? —preguntó Nick.

—Abierta la puerta.

—¿Cómo que ya está? ¡Cómo que ya está!

—¡Ssst!

Nick tiró de la puerta que, en efecto, se abrió. Se recuperó rápidamente de su asombro, volvió a ajustar la puerta y procedió a ponerse el «equipo de fuga» que habían confeccionado, mientras Stella hacía lo mismo. El dicho equipo consistía en varios sacos descosidos y luego vueltos a coser con trozos de alambre del somier formando dos grandes capas que luego sujetaron a sus cuerpos con trozos de cordel. Iba a ser muy difícil que les vieran en la oscuridad provistos de aquel camuflaje... siempre y cuando no les vieran apenas salir, en cuyo caso todo se complicaría demasiado.

Por último, provisto cada uno con un radio de rueda a modo de porra, se dispusieron a salir. Debían ser las tres de la madrugada, y afuera hacía un fresco que era casi frío.

Nick abrió la puerta lo justo para salir, lo que hizo a gatas, colocándose a un lado. Stella salió tras él y, como Nick, también vio en el acto a los dos soldados a unos veinte metros de ellos, muy cerca uno de otro, posiblemente conversando. Nick acercó su boca a un oído de Stella.

—Es una locura —susurró—: sería mejor rodear la cabaña y correr hacia el bosque.

—Yo prefiero el otro plan —insistió Stella.

—Está bien.

Durante un par de minutos, casi tendidos en el suelo, estuvieron mirando a los dos soldados. Luego, despacio, comenzaron a deslizarse hacia ellos. Iban tan lentamente que parecía que no se movían, pero poco a poco la distancia entre ellos y los dos soldados se fue acortando, hasta que apenas fue de siete u ocho metros. Ahora oían el rumor de la conversación entre ellos, y debía ser una conversación muy interesante, porque no prestaban atención a nada más.

La primera en ponerse en pie, de pronto, fue Stella Gray, pero ni siquiera había dado dos pasos hacia los soldados cuando ya Nick estaba corriendo junto a ella, blandiendo la porra.

El sobresalto de los soldados fue casi cómico, y tan intenso que tardaron más de un segundo en reaccionar. En este breve espacio de tiempo los dos prisioneros habían recorrido ya casi la totalidad de la distancia que los separaba, y, cuando comenzaron a empuñar las

metralletas, estaban ya frente a ellos.

La acción de Nick Barrows fue brutal, expeditiva, golpeando con el radio de la rueda de carro, de lado, bajo la oreja de uno de los soldados, que lanzó un grito ahogado y salió despedido de costado, cayendo al suelo, donde Nick terminó de ponerlo fuera de combate propinándole un puntapié en los testículos. Stella no fue tan brutal, pero sí igualmente expeditiva. Pareció que no tuviera intención de lastimar al soldado, porque todo lo que hizo fue golpear a éste con la punta de la porra, utilizándola como una lanza, en la boca del estómago. El rostro del soldado se desencajó, sus ojos se desorbitaron, retrocedió un paso doblándose, y acto seguido cayó de bruces, encogido.

De sendos tirones Stella y Nick arrancaron las metralletas de las correas que las sujetaban al cuello de los soldados y, a la vez, dispararon una ráfaga hacia el oscuro cielo. Luego, regresaron corriendo a la casa mata, se metieron dentro, y dejaron completamente abierta la puerta.

Lo habían discutido mucho, y habían terminado por aceptar el plan: o les salía bien, o no tendrían probabilidades de escapar de ninguna otra manera.

Por supuesto se oían ya voces de mando, gritos, y desde el barracón llegaba ya el rumor de hombres que se acercaban corriendo. La voz de uno de ellos llegó con toda claridad a la casamata:

—¡Han ido hacia el bosque! ¡Cuidado, se han llevado las metralletas de estos dos!

Dentro de la cabaña, Stella y Nick permanecían inmóviles, tensos, preparadas las metralletas para disparar contra el primero que entrase. Pero nadie entró. ¿Cómo habían de pensar que los prisioneros habían vuelto a su calabozo tras conseguir dos armas y poner fuera de combate a dos centinelas? De modo que, en tropel, casi desnudos, los soldados se lanzaron hacia el bosque rabiosamente dirigidos en pequeños grupos por los suboficiales.

—No me lo puedo creer —jadeó Nick—. ¿Salimos ya?

—Cuanto antes, mejor. Se darán pronto cuenta de que no hemos ido en esa dirección.

Salieron de la casamata y echaron a correr hacia la casa, la rodearon y aparecieron por un lado de la fachada. Allá, en un lado

de la explanada, estaban los camiones y los jeeps, y cerca de los vehículos un grupo de soldados, quizá media docena, que habían acudido de sus puestos de vigilancia general en el perímetro de la zona.

—Quédate aquí —dijo Nick.

Salió corriendo hacia el grupo de soldados, que no parecían saber qué hacer... La primera ráfaga de metrallata arrancó del suelo a tres de ellos, y ciertamente, les dio una idea de lo que debían hacer, y cuanto antes: protegerse, si no querían ser también acibillados. Saltaron hacia un lado, buscando la protección de uno de los camiones, mientras Nick volvía a disparar... y se daba cuenta de que Stella estaba a su lado y disparaba también. Bajo el camión se oyeron gritos de dolor, uno de los neumáticos reventó... Un soldado apareció corriendo como enloquecido, se dio de bruces contra un jeep, y rebotó violentamente, cayendo de espaldas. En la puerta de la casa aparecieron dos hombres armados de pistolas. Stella disparó hacia allí y los dos hombres, gritando, desaparecieron entrando de nuevo en la casa. Un soldado salió rodando lateralmente de debajo del camión, se detuvo y comenzó a disparar su metrallata hacia los fugitivos, que oyeron el crujir de las balas por encima de sus cabezas y a su derecha. Nick disparó otra ráfaga y el soldado pareció lanzado hacia el cielo, estremeciéndose, y cayó como una masa inerte, mientras Nick y Stella corrían ya hacia uno de los jeeps, al que saltaron en menos de tres segundos.

—¡Conduce tú! —gritó Nick volviéndose hacia la casa, preparada la metrallata.

Las llaves, como habían esperado, estaban en el contacto. Stella puso el motor en marcha y arrancó con tal fuerza que Nick casi salió despedido del vehículo, al que tuvo que agarrarse soltando su metrallata, que quedó atrás, en el suelo. Recuperándose enseguida, Nick agarró la de Stella, que ésta había dejado en el asiento contiguo al suyo.

Las luces del jeep se encendieron, el vehículo describió un arco hasta que apareció el extremo del sendero, y se lanzó hacia allí a toda velocidad...

El hombre apareció frente a los barrotes de una de las celdas de la comisaría de la pequeña localidad del estado de Virginia cercana a Richmond, y se quedó mirando a los dos prisioneros. Junto a él, el comisario también los miró, y luego miró al desconocido.

—¿Y bien? —preguntó.

—Yo me encargo de ellos.

—De acuerdo. Encantada de librarme de esta clase de líos.

Abrió la puerta de la celda donde una hora y pico antes, casi a las cinco de la madrugada, había tenido que encerrar a aquellos dos chiflados vestidos con telas de saco y que habían sido interceptados por un coche de la Patrulla de Caminos. Se les había requisado una metralleta sin que opusieran resistencia alguna, y se habían negado a darle explicaciones sobre el jeep, que naturalmente debía ser robado. Todo lo que dijeron una y otra vez era que tenía que permitirles telefonar si no quería buscarse gravísimas complicaciones. Despertado de madrugada, malhumorado como pocas veces en su vida, el comisario había optado por ceder, y ahora se alegraba. Cinco minutos después de que la pelirroja llamase por teléfono le habían llamado a él desde la mismísima central de la C. I. A. adviniéndole que enviaban personal para hacerse cargo de sus prisioneros. Y allá estaba el tipo encargado de eso.

Stella y Nick salieron de la celda, ya sin su camuflaje a base de sacos, y sin más explicaciones abandonaron la comisaría acompañados del sujeto, se metieron en un coche que esperaba fuera y se alejaron. El comisario Delaney se dio por más que satisfecho, y hasta pensó en volver a la cama, pero ¡maldita sea!, ni siquiera tendría tiempo de dormirse cuando ya tendría que levantarse. Pronto amanecería.

Dentro del coche había dos hombres más. Uno, al volante, era un sujeto joven y atlético, que se limitó a conducir. El otro, sentado a su lado, era el subjefe de los servicios de seguridad de la Casa Blanca que vuelto en el asiento, miraba a Nick y a Stella alternativamente.

—Tenemos por aquí cerca un pequeño chalé para emergencias —dijo el de la C. I. A., que había sacado de la celda a Stella y Nick —. Podemos ir allí a desayunar y a charlar sobre el asunto.

A las nueve de la mañana, ya desayunados todos, el subjefe de

los servicios de seguridad y el hombre de la C. I. A. estaban ya al corriente de todo y, reunidos en el saloncito, se cambiaban impresiones que no parecían nada satisfactorias.

—En resumen —dijo el de la C. I. A.—, ese sujeto, al que podemos llamar Reagan Dos, estaba preparando un buen grupo de asesinos para conseguir el maletín blindado fuera como fuese. Y como, naturalmente, ya no debe quedar nadie en aquel... campamento militar, podemos temer que pese a todas las dificultades, todavía lo intente en cuanto el señor Reagan emprenda un viaje. ¿No es así?

—Así parece —admitió Stella.

—Por lo que ustedes han dicho —dijo el subjefe—, ese sujeto parece lo bastante loco para intentarlo, desde luego.

—No está loco —rechazó Stella.

—Loco o no, lo cierto es que sería una imprudencia permitir que el presidente saliera de viaje pasado mañana.

—¿Tiene que viajar pasado mañana? —Le miró vivamente Nick.

—Sí. Pero en estas circunstancias...

—Son unas circunstancias formidables —sonrió Nick, mirando a Stella Gray—. ¿No estás de acuerdo, cariño?

—Más bien sí —sonrió también Stella.

—Ustedes están bromeando, claro —gruñó el de la C. I. A., mirándola fijamente, con una expresión que desconcertó a Nick.

—No. Nos parece magnífico que el señor Reagan tenga proyectado emprender un viaje tan pronto. Así podremos terminar con este asunto de una vez por todas.

—¿De qué modo? —Parpadeó el de la C. I. A.

—Antes que nada necesitamos que disponga usted inmediatamente nuestro viaje urgente al cuartel general de las Fuerzas Aéreas Estratégicas. Un helicóptero para que nos lleve al aeropuerto más cercano, donde nos estará esperando un caza.

El hombre de la C. I. A. volvió a parpadear, se puso en pie y descolgó el auricular del teléfono, comenzando a marcar un número. Cuando le contestaron dio las instrucciones necesarias, colgó y volvió a sentarse frente a Nick y Stella.

—¿Qué más? —murmuró.

—Una pequeña investigación que tiene que resultarle muy fácil a la todopoderosa C. I. A. —intervino Nick—. Al menos, eso dice

Stella.

—¿Qué investigación?

—Queremos saber el nombre de un hombre que...

* * *

Se llamaba Wayne Lorimer, tenía cuarenta y seis años, era bajo, casi grueso, calvo y, en general, poco agraciado. Hacía más de dos años que trabajaba en la base de Andrews, concretamente en el servicio de mantenimiento de todo el tinglado electrónico de la vigilancia espacial que protegía a Estados Unidos de un ataque sorpresivo por parte de la Unión Soviética. Su sueldo era bueno, sus condiciones de vida agradables, pero ciertamente su futuro no su presentaba brillante. Y, cuando a los cuarenta y seis años un hombre se ha desengañado ya respecto a su futuro, cabe temer que comience a sentir el sabor de la amargura del fracaso. Máxime cuando se encuentra solo en la vida, sin nadie que te consuele y, de un modo u otro, le proporcione un poco de felicidad.

En definitiva, desengañado respecto a sus posibilidades de un futuro profesional o socialmente brillante, a Wayne Lorimer sólo le quedaba una clase de futuro que podía consolarle de sus desengaños: el futuro de la riqueza. Como suele decirse, las penas con pan son menos.

Sólo que él no iba a tener pan, sino más, muchísimo más. ¿Y qué tenía que hacer para ello? Una cosa sencillísima para él. Solamente tres personas en Estados Unidos podían hacer aquella cosa en el momento oportuno, y él era uno de ellos y había sido el elegido. Y lo haría. ¡Y al demonio con todos!

Lorimer vivía en un moderno, elegante y discreto edificio de apartamentos, a menos de quince millas de la base. Disponía de estacionamiento subterráneo, jardines privados y, en la parte de atrás, había una piscina y dos pistas de tenis. Estaba harto de todo aquello, de aquella existencia gris.

Y en esto pensaba cuando aquella noche regresó a su apartamento. Cerró la puerta, encendió la luz del pasillo y se dirigió hacia el salón, donde tomaría un whisky antes de cenar y esforzarse luego en distraerse con la televisión. La misma maldita rutina de siempre.

Sólo que aquella noche la rutina terminó para Wayne Lorimer.

Cuando encendió la luz del salón y daba ya un paso hacia el mueble-bar, vio a la muchacha pelirroja que, sentada en uno de los sillones, pistola en mano, le miraba entornando los párpados, protegiendo sus ojos de la recién encendida luz. Lorimer se quedó como quien ve visiones y tardó un par de segundos en poder reaccionar, barbotando:

—¿Quién es usted? ¿Cómo ha entrado?

La pelirroja hizo un gesto de fastidio, y luego, con la pistola, señaló hacia el mueble-bar.

—Si iba a servirse un trago, señor Lorimer, puede hacerlo. Espero que eso le predisponga a una conversación que yo deseo que resulte amable. Por su bien, se entiende.

—Pero qué demonios... ¿Quién es usted? —insistió.

—La C. I. A.

Lorimer palideció. Estuvo unos segundos mirando a Stella y luego, despacio, se dirigió hacia el bar y se sirvió un whisky doble. Con el alto vaso en la mano regresó hacia el centro del salón y se sentó frente a la pelirroja, que lo observaba especulativamente. Lorimer bebió un trago, y murmuró:

—¿Qué tengo que ver yo con la C. I. A.?

—Tiene usted mucho que ver con la C. I. A., y además, con doscientos y pico de millones de norteamericanos y otros tantos rusos, millón más o millón menos. En realidad, señor Lorimer, tiene usted que ver con todo el mundo.

—No entiendo lo que dice —jadeó Lorimer.

—Creo que sí, pero se lo explicaré. Hemos investigado y sabemos que usted se las ha arreglado para cambiar su turno habitual de servicio en la base por otro turno que no le correspondía. En realidad, partimos de eso: teníamos que encontrar al hombre que hubiera maniobrado para estar de turno en la base justo en el momento en que el señor Reagan estuviera viajando, lo que ocurrirá pasado mañana. Usted ha hecho mil peripecias para conseguir ese turno, según hemos sabido en los servicios centrales del personal de la base. ¿Puede decirme por qué, señor Lorimer?

—Bueno, yo... No. Por nada especial, desde luego.

—Señor Lorimer: conversar conmigo le va a resultar mucho menos penoso que conversar con otras personas. Su expediente ha

sido analizado de emergencia y está siendo analizado a fondo. No parece que haya en él vestigios de espionaje y mucho menos de traición. Sin embargo, usted ha conseguido ese turno para hacer algo terrible... y sabe muy bien a qué me refiero.

—No... No lo sé...

—Mire usted, todo el gran complejo técnico de la base destinado a la vigilancia de protección funciona con una sensibilidad grandiosa. Y para que nada altere esa sensibilidad y esa infalibilidad, el mando ha dispuesto, con muy buen criterio y lógica, un servicio de mantenimiento de todo el material a cargo de personal especializado. Usted forma parte de ese personal al cuidado de nuestro sistema de vigilancia. Señor Lorimer: ¿negaría usted que sabe cómo *estropear* expertamente el funcionamiento de las pantallas detectoras de la llegada de proyectiles soviéticos?

Wayne Lorimer estaba ahora lívido como un muerto. Tragó saliva y continuó mirando cómo hipnotizado a Stella Gray, que tras arquear una ceja prosiguió:

—Evidentemente, sí sabría usted causar ese pequeño estropicio. Todo lo que tendría que hacer sería averiar cualquier pequeña pieza del sistema. Con esa avería, en las pantallas de detección aparecería la alarma. Cabe esperar que en pocos minutos la avería fuese localizada y reparada, tal como sabemos que ha ocurrido anteriormente un par de veces. Sin embargo esta vez las cosas sucederían de distinto modo, ¿lo sabía usted?

—No. ¿Qué está tratando de decir?

—Supongamos que usted estropea una pieza que vale unos pocos centavos, y que se produce la alarma nuclear. Habitualmente, antes de replicar al aparente ataque soviético, se procede a una velocísima revisión de todo el sistema, y la avería es detectada, reparada, y aquí no ha pasado nada. Esta vez sería diferente. Esta vez, en cuanto sonase la alarma nuclear, Estados Unidos comenzaría a lanzar sus proyectiles atómicos contra Rusia.

¿Y sabe por qué, señor Lorimer?

—Usted está loca... ¡No harían eso!

—Lo harían. Y voy a decirle por qué: porque actualmente tenemos cierta información respecto a que Rusia está esperando el momento de atacar, y ese momento sería cuando al presidente Reagan, es decir, al funcionario del departamento de Defensa que

siempre viaja cerca de él, le arrebatasen el maletín con los códigos para organizar la réplica a la agresión... lo cual podría suceder pasado mañana Y como sabemos que los rusos pretenden eso, y sabemos que el ataque se producirá cuando intenten robar el maletín con las claves, es lógico suponer que tuviese o no tuviese éxito el robo del maletín. Estados Unidos, ya en alerta de alarma, comenzaría a disparar proyectiles contra Rusia en cuanto en las pantallas de vigilancia apareciese la información de que ya lo estaban haciendo los rusos. Nadie se detendría en buscar averías, ni en ninguna clase de análisis. Puesto que sabemos que Rusia está tramando ese ataque, y ese ataque sería avisado por las pantallas, U «S. A. simplemente, replicaría con toda contundencia. Es muy simple, señor Lorimer.

Este se puso en pie, excitado.

—¿De dónde ha sacado usted esa información? —indagó.

—Del mismo sujeto que sin duda le contrató a usted para que provocase el *whistle*^[1] en las pantallas.

—Pero yo creía... que cuando sonase el *whistle* se procedería a la revisión habitual. ¡Me dijeron que se trataba solamente de saber cuánto tiempo tardarían en comprender que se trataba de una avería o cuánto tiempo esperaría Estados Unidos antes de replicar al supuesto ataque! Creí... que todo se reducía a una acción de espionaje.

—No. El sujeto que dirige todo esto no es ruso, ni tiene nada que ver con Rusia en ningún sentido. Los rusos, por ahora al menos, no tienen la menor intención de agredirnos. Sin embargo, ese sujeto se las ha arreglado para que nosotros así lo creamos y, conseguido esto, espera que usted provoque la avería que ocasionará el *whistle* cuando él le avise por medio de alguno de sus hombres. Ese aviso le llegaría a usted simultáneamente con el intento de robo del maletín del presidente. Así que fíjese: roban o intentan robar el maletín del presidente, le avisan a usted, y usted provoca el *whistle* con esa avería que supongo ya tiene estudiada. Así que, prácticamente al mismo tiempo, se produce el robo del maletín o su intento, y la alarma. Y puesto que estamos informados de que Rusia pretende agredirnos tras dejar sin sus claves al presidente, ¿qué otra cosa podemos hacer en cuanto suene el *whistle* sino aceptar la alarma y obrar en consecuencia replicando al ataque?

—Pe... pero... ¡los rusos no estarían atacando, eso lo habría provocado yo!

—Esa es la idea, señor Lorimer, no obtener una información de tiempo de reparación o tiempo de espera de Estados Unidos después de la alarma. Esa es la idea: que creyendo ser atacados por Rusia, nosotros lancemos nuestros proyectiles contra los rusos. ¿Y qué sucedería entonces? Pues sucedería que los rusos, que sí se verían atacados realmente por nosotros, replicarían al ataque. ¿Se da cuenta de lo que eso significa?

—Dios mío, ¡no me dijeron eso! ¡Y no comprendo que se lo dijeran a usted, que le expusieran sus planes!

—No hicieron tal cosa. Me contaron una sarta de estúpidas mentiras, y luego montaron una comedia simulando que no podían impedir que un amigo y yo escapásemos con la información de que Rusia pensaba atacar, a fin de que Estados Unidos no dudase de ello cuando sonase el *whistle*.

—Pero eso... ¡es maquiavélico! ¡Es criminal!

—Sin la menor duda, señor Lorimer. No hace falta mucha imaginación para valorar las consecuencias del éxito de ese plan.

—Pero ¿quién ha ideado eso, quién lo dirige? Si no es la propia Rusia, como usted dice, ¿quién es?

—Dígamelo usted. ¿Quién le pagó para que provocase el *whistle*?

—¡Sólo tengo un número de teléfono!

—Puede ser suficiente, si usted está dispuesto a colaborar. ¿Lo está, señor Lorimer?

—¡Claro que sí!

—Mejor para usted —dijo Nick Barrows, saliendo de detrás del sofá, pistola en mano—, porque ya lo tiene bastante mal después de haber aceptado entrar en ese juego.

—¿Quién es él? —jadeó Lorimer, mirando a Stella.

—Pues... en esta ocasión, mi guardaespaldas —sonrió secamente la pelirroja—. No sabíamos cómo iba a reaccionar usted, y si lo hubiera hecho de otro modo le habríamos tendido una trampa. Puesto que no ha sido necesario, la cosa se simplifica.

—¿Qué trampa me habrían tendido?

—Se supone que usted se vería con más ánimos de atacar a una mujer que a un hombre, así que yo he dado la cara, bien a disgusto de Nick, para ver qué hacía usted. Si me hubiera atacado...

—Estamos charlando demasiado —gruñó Nick—. Bien, señor Lorimer, me pregunto si está dispuesto a llamar a ese número y decir lo que nosotros queremos que diga.

Wayne Lorimer tragó saliva una vez más.

—¿Qué... qué tengo que decir...?

CAPÍTULO VIII

El hombre colgó el teléfono, y miró a su compañero, que, sentado en un sillón, le contemplaba expectante.

—Una mujer pelirroja ha visitado a Lorimer y lo ha sometido a interrogatorio. ¡No sé cómo demonios han podido dar con él, esto no estaba previsto! Por suerte, Lorimer ha podido quitarle el arma y la ha matado. Pregunta qué hace ahora. Le he dicho que le llamaré dentro de unos minutos, ya has oído.

La alarma se reflejaba también en el rostro del otro individuo.

—Si esa pelirroja ha ido allá no estará sola. ¡Tiene que ser una trampa de la C. I. A.!

—Por supuesto. Tanto si realmente Lorimer ha matado a la pelirroja, como si no es cierto y está actuando bajo presión, todo está mal, y no creo que ni el jefe pueda solucionarlo. En estos momentos, aunque la pelirroja esté muerta todo el edificio donde vive Lorimer debe estar vigilado. Y si la pelirroja no está muerta y ha presionado a Lorimer, ella sabe este número de teléfono... y ya deben estar localizándonos.

—Muy bien. Nosotros estamos aquí para eliminar a Lorimer después de que hubiera hecho su trabajo. Como ya no podrá hacerlo de ninguna manera, vamos a liquidarlo inmediatamente, y nos iremos. Llamaremos para que nos tengan preparado el helicóptero. Pero antes llama a Lorimer. Y deprisa.

—¿Qué le digo?

—Dile que deje a la pelirroja en su apartamento, y que salga dentro de diez minutos, que lo recogeremos y lo pondremos a salvo.

—La C. I. A. saldrá tras él, estará allí.

—La C. I. A. no podrá hacer nada. Lo mataremos ante sus narices y saldremos de allí disparados. No podemos hacer otra cosa. ¡No

podemos dejar vivo detrás nuestro a ese hombre, pues nos conoce! Llámalo, Y enseguida a los del helicópteros, que nos esperen en el punto de emergencia. Yo voy a por el rifle para montarlo...

Nueve minutos más tarde el automóvil se detenía a unos ciento cincuenta metros del edificio donde vivía Wayne Lorimer, en un punto desde el cual se veía la entrada. El hombre que estaba al volante apagó el motor. El otro empuñó el rifle, se asomó por la ventanilla derecha, y miró hacia la entrada del edificio utilizando el visor telescópico del arma. Se metió dentro rápidamente, y dijo:

—Perfecto. Tres segundos después de que salga le dispararé. Puedo acertarle en plena cabeza con toda facilidad.

—No puede tardar mucho. Casi han transcurrido los diez minutos.

—Ya saldrá.

Efectivamente, cuando se cumplían los diez minutos la rechoncha figura de Wayne Lorimer salió del edificio, caminó unos pasos hacia el bordillo y se detuvo, evidentemente a la espera del coche en el que pensaba huir. El hombre del rifle sonrió fríamente, sacó el rifle por la ventanilla y en el acto una mano grande y fuerte agarró el arma y se la arrancó de un tirón. Simultáneamente, otra mano, provista de una pistola con silenciador, quedó ante el alterado rostro del hombre.

—Mueve un párpado y te lo quemo —dijo Nick Barrows.

El otro había lanzado una exclamación, y estaba metiendo la mano derecha bajo la chaqueta en busca de su pistola cuando la portezuela se abrió rápida y silenciosamente, y la boca de una pequeña pistola se apoyó en la sien izquierda del hombre.

—Piénselo bien —dijo la voz femenina.

El sujeto quedó petrificado. Sólo se atrevió a girar los ojos hacia la portezuela, para vislumbrar la silueta de mujer y los cabellos que colgaban por un lado de su rostro.

—Bien pensado —dijo Stella Gray—. No se muevan ni un milímetro pase lo que pase.

No pasó nada demasiado especial. Aparecieron otros dos hombres, que entraron en la parte de atrás del automóvil, desde donde les quitaron las armas a los dos asesinos.

—Ahora pueden salir —dijo fríamente Nick Barrows—: a mi guardaespaldas y a mí, en principio, nos gusta conversar. En cuanto

a ustedes, les irá mejor que sean unos buenos conversadores.

* * *

El hombre que esperaba sentado ante los mandos del helicóptero vio las luces del automóvil acercándose por la carretera. Enseguida el vehículo abandonó ésta, y las luces fueron apagadas. Sin embargo, el piloto del helicóptero pudo seguir viendo el coche, qué reflejaba algunas estrellas. Lo vio detenerse a unos cincuenta metros, en el campo, y enseguida vio aparecer a los dos hombres. Incluso oyó el chasquido de las dos portezuelas al ser cerradas, tal era el silencio del solitario lugar. Solitario y frío.

Los dos hombres caminaron unos pasos, pero se detuvieron, como desconcertados. El piloto tomó la linterna, apuntó hacia ellos, y lanzó un par de destellos. Inmediatamente, los dos hombres se dirigieron hacia el helicóptero, cuya portezuela derecha recorrió el piloto cuando ambos llegaron junto al aparato.

—Subid deprisa... ¡Hace un frío maldito!

Los dos hombres subieron. Uno de ellos sacó una pequeña pistola, y la puso ante la frente del piloto, diciendo, con sorprendente voz:

—Ponga las manos sobre el tablero de mandos y permanezca inmóvil.

La sorpresa era tal que el hombre tardó un par de segundos en reaccionar, obedeciendo. ¿Una mujer? Pero... Ya ni siquiera tuvo tiempo de pensar en algún intento liberador. El otro hombre (éste sí que era un hombre, seguro) le quitó la pistola, y luego ordenó:

—Salte. Y si tiene frío se aguanta. ¡Salte!

El piloto abrió la portezuela y saltó a tierra. Detrás de él lo hizo el malgeniado sujeto y, sin más, lo derribó de un tremendo patadón entre las ingles. Cuando el piloto vino a darse cuenta estaba tendido de espaldas, y tenía sentado sobre su vientre al desconocido, que le clavó la punta del silenciador en la garganta. Junto a él se acuclilló el otro «hombre», quitándose algo de la cabeza y dejando escapar una hermosa mata de cabellos.

—Tenemos a sus amigos que debían subir al helicóptero. Están en el coche, esposados y vigilados por un amigo nuestro. Nos han guiado hasta aquí, y eso les va a granjear una pizca de comprensión

por nuestra parte. Ahora, veamos si usted quiere caernos simpático. ¿Me entiende?

—Claro que te entiende —dijo la voz de mujer—. ¿Por qué hemos de suponer que es tonto? Y como no es tonto comprenderá que es mejor caernos simpático que antipático. ¿Verdad, señor?

—¿Qué... qué quieren ustedes? —jadeó el piloto.

—Inteligentísima pregunta —dijo la mujer—. ¿Verdad, Nick?

—Ya lo creo. Y la vamos a contestar. Amiguito, queremos que nos lleve usted al lugar adonde iba a llevar a esos dos tipos, es decir, adonde les está aguardando el «presiden te» Reagan. Ellos no saben cuál es ese lugar, pero sí que debían recurrir a usted en caso de emergencia, y que usted los llevaría allá. ¿Correcto?

—Sí... Sí, sí.

—¿Avisó usted al «presidente» de que iban para allá?

—No. Sólo debo avisar, utilizando la radio del helicóptero, cuando me halle a cincuenta kilómetros.

—¿Y cuál es la distancia total, cuánto tardaremos en llegar allí con su cacharro?

—Unas tres horas.

—¡Maldita sea! —aulló Nick Barrows—. ¡Estoy harto de pasar las noches en vela como un murciélago!

—Tranquilízate —dijo la mujer—. No es culpa del señor, del señor... ¿Cómo crees que puede llamarse?

—No tengo ni idea. Pero él sí debe saberlo.

—Pues pregúntale.

—Ebner —se adelantó el piloto en un susurro—. Samuel Ebner.

—¿Es usted israelita?

—Sí.

—¿Trabaja para el servicio secreto israelita? —exclamó Nick—. ¿Trabaja para el Mossad?

—No.

—Entonces, ¿para quién trabaja?

—Para él... sólo para él.

—¿Quién es *él*?

* * *

Se llamaba Rubén Goldstein, tenía treinta y ocho años y hasta

tres años atrás había sido agente del efficacísimo Mossad israelita... Ahora no era nada. Es decir, en tres años había conseguido reunir la cantidad de dinero que había calculado iba a precisar para llevar a cabos sus planes y, en líneas generales, podía considerarse un hombre rico.

Pero esa relativa riqueza no había pensado Rubén Goldstein en ningún momento destinarla a vivir bien, a darse la buena vida. La había destinado íntegramente a todos los gastos de su plan mediante el cual conseguiría su más grande y descabellada ambición desde hacía tres años. Tres años durante los cuales apenas había conseguido dormir más de un par de horas seguidas...

Y ahora, justamente esta noche que llevaba durmiendo casi las dos horas le despertó el rumor del helicóptero.

Sin encender la luz del dormitorio Rubén Goldstein se sentó en la cama, y escuchó, atento el oído. No cabía duda: se acercaba un helicóptero. Estaba en una pequeña granja, rodeado de sembrados y bosques. No había allí nada que pudiera interesar a nadie, ni de noche ni de día. De modo que en aquel helicóptero sólo podía viajar Samuel. Pero esto tampoco parecía probable... Si era Samuel quien llegaba debía haber anunciado su visita, y no lo había hecho. ¿O sí había llamado por la radio y él estaba tan profundamente dormido que no la había oído?

Se acercó a la ventana, la abrió completamente, y escrutó el cielo. Las luces estelares se reflejaron en el helicóptero que, acercándose, comenzaba a perder altura. Y Samuel no le había llamado, ni hacía ahora las señales a luz indicando que era él y que iba a tomar tierra.

Rubén Goldstein tuvo la súbita revelación de que todo estaba perdido. Cerca de Washington estaban esperando los hombres que con la cobertura de la filmación de una película, había estado entrenando, disfrazados de soldados. Antes de cuarenta y ocho horas, esos hombres deberían atacar la comitiva del presidente de Estados Unidos, y bien poco importaba que consiguieran o no el maletín con las claves. Sólo debían atacar, mientras él telefoneaba a Samuel, indicando que él debía llamar al norteamericano Lorimer para que provocase el *whistle*. Todo estaba saliendo bien, incluso había hecho a la perfección su papel de tonto con los prisioneros, y luego todavía más tonto al permitir que escaparan. Todo perfecto, y

ahora algo estaba fallando. Estaba seguro de esto.

De lo que no estaba seguro era de que fuese Samuel quien llegase en aquel helicóptero. Ocurriese lo que ocurriese, hubiera ocurrido lo que fuere, no debía ser Samuel.

Y ya no tenía tiempo de nada. Salvo de intentar escapar, eso sí. Escaparía, y aunque fuese dentro de diez años, de veinte años, volvería a intentarlo.

Rápidamente, Rubén Goldstein se puso los pantalones, siempre sin encender luz alguna, y acto seguido un grueso jersey. Se metió un zapato en cada bolsillo del pantalón, empuñó la pistola y salió del dormitorio, corriendo hacia la cocina, por cuya puerta salió a la parte de atrás de la pequeña y vieja granja, que había convertido en su refugio solitario a la espera del gran momento. ¡Tanto esfuerzo, tanto tiempo, tanto dinero invertido en los hombres, en material, en todo...!

Sintiendo una rabia que se hacía difícil de soportar, Goldstein corrió hacia el cobertizo donde se suponía que podía haber un tractor, herramientas, quizá una camioneta... Pero lo que había dentro era un helicóptero, y éste era el último recurso de Goldstein: subir a su helicóptero, acudir al encuentro del otro, que estaba a punto de tomar tierra, derribarlo y escapar. Estaba seguro de que sólo esto podía hacer.

Y, para su mala suerte, ni siquiera esto pudo hacer, porque cuando se disponía a abrir la doble puerta del cobertizo para empujar afuera el helicóptero, una voz le llegó por detrás de él y a su izquierda.

—Quédese como está y donde está, Goldstein. Y deje caer la pistola.

Hubo un breve estremecimiento en el cuerpo de Rubén; fue como un gesto de rabia mal contenida, de furia controlada a duras penas. Pero dejó caer la pistola, y se volvió lentamente, sin brusquedad.

—Es usted un hombre de gran persistencia, señor Barrows —murmuró.

—Camine apartándose de la pistola. Despacio, y regresando hacia la casa. Si hace cualquier movimiento que me inquiete le dispararé a la espalda. No me importan esas minucias, señor presidente.

—De modo que han capturado ustedes a Samuel.

—Hemos hecho muchas más cosas —replicó mordazmente Nick—. Por ejemplo, tenemos a sus amigos lejos de aquí, en el helicóptero han venido algunos de los míos tras dejarnos a mí y a Stella cerca de la casa a la que hemos llegado a pie para esperar su reacción, y en estos momentos Stella está registrando la casa, y cuando lo encuentre todo en orden hará una señal con las luces que usted no ha querido encender. Resumiendo, señor presidente: usted está acabado. Y ahora, camine hacia la casa.

Rubén Goldstein asintió, y se dirigió hacia la casa, mientras Nick Barrows, que había recogido la pistola sin perderle de vista, caminaba tras él. No parecía que hubiera nadie más por allí, y esto le tenía inquieto y desconfiado.

Pero en la casa, las luces se encendieron y apagaron conforme a la señal convenida con Stella Gray, de modo que, desechando sus temores, Nick continuó adelante, siempre siguiendo a Goldstein. Entraron los dos en la casa ahora iluminada, y fueron al saloncito-cocina-comedor, de aspecto arcaico y acogedor, con una agradable chimenea. En uno de los venerables sillones tapizados de oscura cretona estaba sentada Stella Gray, fumando un cigarrillo. Su mirada se clavó en el rostro de Rubén Goldstein, y éste esperó en vano que la pelirroja se estremeciera al ver las numerosas cicatrices.

Por fin, Stella miró a Nick, y dijo:

—He localizado la radio, en el dormitorio. No hay nadie más aquí, ni creo que exista trampa alguna, de modo que los del helicóptero vendrán de un momento a otro. Ya les he avisado por la radio.

—De acuerdo —dijo Nick—, pero este asunto empezó con el intento de asesinato de un acompañante del presidente Reagan, y quiero ser yo quien lo termine. De modo que tú y tus amigos de la C. I. A. vais a cerrar el pico, ¿está claro?

Un gesto amable apareció en el rostro de Stella Gray. No dijo nada, limitándose a seguir fumando tranquilamente. Afuera se oyó, por fin, la llegada del helicóptero, que había estado sobrevolando la zona. Nick miró de nuevo el rostro de Rubén Goldstein, surcado por docenas de cicatrices.

—¿Qué le ocurrió en la cara? —preguntó.

—Fue una «broma» del servicio secreto ruso —explicó Goldstein

—: me cazaron en Afganistán haciendo algo que no les gustó, y me rompieron las dos piernas, catorce costillas, y me dejaron así la cara. Luego, me echaron en un montón de basura. Hace tres años de eso. Yo trabajaba para el Mossad.

—¿Y para quién trabaja ahora?

—¿Yo? —Rubén emitió una risa gutural, gozosa—. ¡Para nadie, sólo para mí! Es decir, en cierto modo estoy trabajando para Estados Unidos de América.

—¿Sí? ¿En qué sentido?

—Por mucho que le pese a usted, señor Barrows, estoy haciendo algo que beneficiaría en definitiva a Estados Unidos. Ya sé que es algo que gente como usted y la señorita Gray tratarían de impedir, pero es porque nuestros puntos de vista son diferentes. Fue por eso, porque sabía que no encontraría apoyo en nadie, ni siquiera en mis antiguos compañeros del Mossad ni en la C. I. A., que decidí trabajar solo para vengarme de los rusos... ¡De todos los rusos de la maldita Rusia! No sólo de los agentes de la M. V. D. que me echaron a un montón de basura creyéndome muerto, sino de todos los malditos rusos del mundo, convirtiendo Rusia en cenizas. ¿Y cómo podía lograr esto si no era recurriendo al gran arsenal nuclear americano?

—¿Realmente está usted solo en esto, Goldstein? —murmuró Stella.

—¡Claro que estoy solo! No podía confiar en nadie, sabía que todos se asustarían. ¡Pero no yo, Rubén Goldstein! No, no yo... Y cuando hubiera conseguido mis propósitos, cuando ustedes hubieran aniquilado Rusia, me habría presentado en la Casa Blanca. «Yo, señores, Rubén Goldstein, agente del Mossad masacrado y dado por muerto por Rusia, he terminado con ella. Yo, Rubén Goldstein, les he ofrecido el triunfo total en bandeja. Yo, Rubén Goldstein, incluso a pesar de ustedes, les he proporcionado la ventaja de disparar primero sus proyectiles, cosa que no se atreven a hacer ustedes. Yo, Rubén Goldstein, soy el artífice de su victoria inesperada. Yo, Rubén Goldstein, soy...»

—El loco y el criminal más grande del mundo —cortó con voz tensa Nick Barrows—. ¡Por el amor de Dios, usted está loco, Goldstein!

—Usted, señor Barrows —le miró con expresión de fanático el

israelita—, no es nada ni nadie. Es sólo una diminuta pieza de una absurda maquinaria de protección de un hombre que ni siquiera tiene valor, como sus predecesores, para dar la orden de terminar con Rusia. Ni usted, ni él, ni ningún americano, ni ningún ruso, son nadie, sólo conejos asustados de su propio poder. Yo no me asusto por nada, yo me trazo un objetivo y voy a por él. Tal vez ustedes me juzguen ahora y me condenen a muerte, pero si yo hubiera triunfado ¿qué habrían hecho? Seguramente, me habrían condecorado, me habrían agasajado, me habrían puesto al frente de todos los servicios secretos de Estados Unidos, habrían hecho de mí el héroe eterno de este país de timoratos y cobardes. ¡Yo, Rubén Goldstein, les habría enseñado cómo hay que tratar al enemigo, sin contemplaciones, sin consideraciones, implacablemente! Usted, señor Barrows, no es nadie... ¡Nadie!

Nicholas Albert Barrows, que miraba fijamente a Goldstein, parpadeó despacio y aspiró profundamente. ¿Un juicio para aquel chiflado? De un juicio sólo podían derivarse molestias, gastos, sinsabores, revelación de pequeños secretos...

—Se equivoca usted, Goldstein —dijo serenamente—. Soy alguien. Soy, cuando menos, el hombre que le va a matar.

Alzó más la pistola, apuntó al corazón de Rubén Goldstein, y apretó el gatillo.

ESTE ES EL FINAL

Una semana más tarde, el agente de protección Nick Barrows llegó con su coche ya reparado y pintado a la dirección que le habían facilitado en la jefatura del servicio de seguridad. Apagó el motor, y se quedó mirando el precioso chalé relativamente cerca de la orilla del Potomac. Caramba, pues no estaba nada mal. En cierto modo se parecía al suyo, y de momento, hasta que encontrase una vivienda definitiva, le serviría. Lo que ciertamente no podía hacer era quedarse en su casa de Lanham. Ya no. Demasiada notoriedad para un guardaespaldas del presidente.

Se apeó del coche, cargó con las dos maletas en las que llevaba sus cosas personales a la espera del camión de mudanzas y recorrió el sendero del jardín, subió al porche y, cuando se disponía a soltar una de las maletas para sacar la llave de un bolsillo, la puerta se abrió dejando visible a Stella Gray. Las maletas escaparon de las manos de Nick, su gesto fue de pasmo. Stella llevaba unos tejanos y un jersey fino y ceñido de tal modo que sus formas destacaban maravillosamente. Llevaba recogido el cabello en la nuca, y destacaban sus orejas pequeñas y sonrosadas, con algunas pecas. Era una visión de ensueño.

Y, a lo peor, Nick Barrows estaba soñando.

—¿Qué haces tú aquí? —exclamó por fin.

—¿Yo? —rió la pelirroja—. Es muy simple: vivo aquí.

—¿Cómo que vives aquí? ¡A mí me han dado esta dirección para que ocupe la casa provisionalmente mientras busco otra que...! ¡Cómo que vives aquí! Desapareciste después de aquello, no ha habido modo de encontrarte, y ahora me sales con que vives aquí.

—Cosas de la vida. Pero en alguna parte he de vivir, ¿no?

—Pues entonces... ¡Debo haberme equivocado de dirección! Yo

estoy buscando el número 2088 de...

—Es aquí.

—Pero no puede ser, porque si tú vivieras aquí a mí no me...

—¡Nick! ¿Quieres hacer el favor de dejar de hacer el tonto y entrar en casa? —Se impaciento Stella—. Tú terminaste de presentar tus informes, yo terminé de presentar los míos, todo está en orden, así que ¿quieres entrar o no?

—Es que... estoy buscando un sitio donde vivir...

Stella Gray se colgó del cuello de Nick Barrows, le besó en los labios, y murmuró:

—Ya lo has encontrado. Eso, en el supuesto de que te convenzan mis muchas cualidades de las que te hablé, y de las cuales estoy dispuesta a hacerte todas las demostraciones que quieras... a partir de ahora mismo.

—Bueno —reflexionó seriamente Nicholas Barrows—, no se pierde nada por probar, y si no me convencen tus cual...

Stella Gray le besó en la boca. Y en el acto Nick supo que las cualidades de la pelirroja como mujer le iban a convencer plenamente, a partir de aquel mismo instante.

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...

Notas

[1] *WHISTLE* es el nombre que recibe el peculiar silbido que sonaría en las pantallas de vigilancia en el cuartel general de las Fuerzas Aéreas Estratégicas norteamericanas en caso de agresión nuclear.

< <